This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

ATALOGO

representadas últimamente en los
a propiedad de la Galería titulada:

L TEATRO.

S OBRAS.	TITULOS DE LAS OBRAS.
Fuel. (Los)	Esposa de Sancho el Bravo. (La)
Chinchon. (Los)	Espada de Bernardo. (La) *Zarzuela.*
moda. (Un)	Faltas juveniles.
la moda. (El)	Flores de D. Juan. (Las)
tos de odio y amor.	Fausto. (El)
canos del alma.	
Amar despues de la muerte.	Gloria del arte. (La)
Anillo del Rey. (El)	Guerras civiles. (Las)
Apariencias. (Las)	Gran Duque. (El)
Al mejor cazador...	Gitanilla de Madrid. (La)
Angela.	
Amores de la niña. (Los)	Hacer cuenta sin la huéspeda.
Banda de la Condesa. (La)	Hiel en copa de oro. (La)
Baltasara. (La)	Herencia de un poeta. (La)
Bonito viaje.	Héroe de Bailén. (El) *Loa y Corona poética.*
Con razon y sin razon.	Historia china.
Conjuracion femenina. (Una)	Indicios vehementes.
Cañizares y Guevara.	Instintos de Alarcon. (Los)
Creacion ó el Diluvio. (La)	
Chal de cachemira. (El)	Juan sin tierra.
Chismes, parientes y amigos.	Juan Sin-Pena.
Cosas suyas.	Juana de Arco.
Conspirar con buen éxito.	
Como se rompen palabras.	Lecciones de amor.
	Leccion de corte. (Una)
Don Sancho el Bravo.	Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo
Don Bernardo de Cabrera.	Licenciado Vidriera. (El)
De audaces es la fortuna.	Lo mejor de los dados!!!
Dómine como hay pocos. (Un)	Llueven hijos.
	Llave y un sombrero. (Una)
¡Es un Angel!	
¡Está loca!!	Madre de San Fernando. (La)
El 5 de Agosto.	Mi mamá.
Entre bobos anda el juego.	Misterios de palacio.
El Escondido y la Tapada.	Mujer misteriosa. (Una)
El ens	
En m	

EL CABALLERO FEUDAL.

Drama original en tres actos y en verso.

POR

D. Eusebio Asquerino.

Representado por primera vez en el teatro de la Cruz con general aplauso el dia 2 de julio de 1853.

MADRID.
Imprenta que fué de Operarios á cargo de D. F. R. del Castillo,
Calle del Factor, núm. 9.

1853.

868
A845ca

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA LEONOR.	SRA. BUZON.
ESTRELLA.....	SRA. VALERO.
D. FERNANDO DE AGUILAR. (El Caballero Feudal.).....	SR. MONTAÑO.
EL CONDE D. HUGO.....	SR. VICO.
EL REY D. ENRIQUE.....	SR. PARDIÑAS..
ENRICO.....	SR. AGUIRRE.
TELLO.....	SR. SERRANO.
UN JUEZ DEL CAMPO.....	SR. SOTOMAYOR.
D. PEDRO MANRIQUE.....	SR. ARGUELLS.
GARCIA DE ALBORNOZ.....	SR. MAFFEY.
UN OFICIAL.....	SR. SAPERA.
GONZALEZ DE MENDOZA...	SR. SOLAM.
LOPE, escudero.....	SR. SEGARRA.
UN UGIER.....	
HOMBRE 1.°.....	
HOMBRE 2.°.....	
Caballeros, escuderos, guardias.	

Este drama es propiedad de la Galería titulada, EL TEATRO, *cuyo dueño perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino sin su consentimiento.*

GL
Gift
Philip E. Bursley
(3-28-57)
6-1-93

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una cabaña: en el fondo un bosque: á un lado una chimenea y una ventana al frente; puertas que conducen á los aposentos interiores.

ESCENA PRIMERA.

ENRICO, ESTRELLA.

ESTREL. Ya el sol que los campos baña
con sus bienhechores rayos,
se oculta en tristes desmayos
en la vecina montaña.
No miras la nube aquella
que vá avanzando sombría?
ENRICO. Y qué me importa, alma mia,
si me alumbrará mi estrella!
Así no me causa enojos
que anuncie la tempestad,
viendo yo á la claridad
de tus dulcísimos ojos.
ESTREL. Eres lisonjero, hermano,
y en estremo me disgusta.
ENRICO. No, que á la verdad se ajusta.

ESTREL. Pareces un cortesano.
ENRICO. Me harás una ofensa grave
si me juzgas de esa suerte.
ESTREL. Puedo querer ofenderte?
ENRICO. Y te ofende que te alave?
ESTREL. Y á tu hermana cariñosa,
piensas que agraviar consiga
una fineza que obliga
aun á la mas desdeñosa?
Pero mi inquietud mantiene
que va la tarde espirando,
y hácia el bosque estoy mirando,
y aun nuestro padre no viene.
Me asaltan tales temores...
ENRICO. Mas los debes deponer,
que no tardará en volver.
ESTREL. Como hay tantos salteadores!
Cometen todos los dias
desmanes y desafueros;
cómo de esos vandoleros
permiten las correrías?
Por qué no son castigados?
ENRICO. Ay! Estrella! que vivimos
en época en que sufrimos
no mas los hombres honrados.
Un espantoso desórden
en todo el reino domina,
y le conduce á su ruina;
que los malos se desborden
no estrañes; ejemplo dan
las cabezas del Estado,
y se proteje al malvado,
así los tiempos estan.
Sin que le contenga el freno
del pudor el vicio impera,
se premia traicion artera,
y se castiga al que es bueno.
Oh! jamás tan corrompida
fué la corte; no te asombre:
Reina... hasta execro su nombre!
Don Enrique el fratricida!
ESTREL. Hermano del Rey aquel,

cuya historia has ofrecido
contarme, y no lo has cumplido,
llamado Pedro el Cruel?

ENRICO. Era todo un caballero:
de cruel fama obtenia,
pero la historia algun dia
le llamará el justiciero.

ESTREL. Por qué no me cumples, dí,
tu promesa? Yo no sé
cuando...

ENRICO. Ahora: escúchame:
Sentados los dos: así.
(Se sientnn al lado de la lumbre)

ESTREL. Pues ya te escucho.

ENRICO. Era un Rey
con los traidores severo;
para el noble y el pechero
igual fué siempre su ley.
Valiente como un leon,
generoso como amigo,
mas pronto para el castigo,
y tardo para el perdon.
Altivo con dignidad,
tuvo émulos poderosos,
y atentaron ambiciosos
á su régia autoridad.
Sus hermanos conspiraron
los primeros contra él,
les castigó, y el cruel
por eso le apellidaron.
Mas concedió su perdon
á D. Enrique, que un dia
alzar otra vez debia
contra él rebelde pendon.
Quiso el destino fatal
que su estrella se eclipsara,
y en un castillo cercara
á D. Pedro su rival.
Por tratar de un acomodo,
sin concebir la traicion,
su esforzado corazon
que era leal sobre todo;

Fióse el Rey castellano
de un mercenario estranjero,
y fué sobrado ligero
á los reales de su hermano.
Y los campos de Montiel
negra traicion consumada
vieron.

ESTREL. Estoy aterrada!
Sigue: que hicieron con él?

ENRICO. Le mataron!

ESTREL. Ah! qué horror!
Mas cómo... tiemblo!

ENRICO. Al caer
los dos hermanos lidiando,
D. Pedro encima quedando...

ESTREL. (*Con alegría.*) Ah! con que logro vencer?

ENRICO. Pero el cobarde estranjero
debajo le colocó.

ESTREL. Qué iniquidad!

ENRICO. Y murió!

ESTREL. Desdichado caballero!
Solo el pensarlo me aterra!
Un hermano asesinar
á otro!

ENRICO. Sí: por reinar
hasta hermanos se hacen guerra.
Que del trono la ambicion
viola tan sagradas leyes!

ESTREL. Solo por llamarse Reyes!
Ah! no tienen corazon!

(*Durante esta escena ha ido oscureciendo y amenazando una tempestad que arrecia en los últimos versos.*)

ENRICO. (*Levantándose.*) Que espantosa tempestad!

ESTREL. Y nuestro padre no llega!
Mi alma por él á Dios ruega.
Ah! gracias Dios de bondad!

ESCENA II.

ESTRELLA, ENRICO, TELLO.

ENRICO. Padre mio!
TELLO. Hijos del alma! (*Abrazándoles.*)
ESTREL. Cómo habeis tanto tardado
para aumentar mi cuidado?
TELLO. Torne á tu pecho la calma.
ESTREL. Sentí tal desasosiego!
Mas venís mojado.
TELLO. Sí.
Un poco.
ESTREL. Ah! sentaos aquí:
os secareis junto al fuego.
TELLO. Fortuna ha sido llegar:
si tardo mas...
ENRICO. Cuanto llueve!
ESTREL. Teneis las manos de nieve,
y os las quiero calentar.
Aunque estoy de vos quejosa,
porque habeis venido tarde:
tenia un miedo!
TELLO. Cobarde!
te juzgué mas animosa.
ESTREL. Era por vos: y por mí
confieso que lo he tenido
tambien: oh! me ha estremecido
la horrible historia que oí.
TELLO. Algun cuento que ha forjado
Enrico.
ENRICO. Plugiera á Dios!
pero es un cuento que vos
mismo me habeis enseñado.
TELLO. Yo te lo conté?
ENRICO. Si tal.
Del Rey D. Pedro.
TELLO. (Oh! hablarla
del Rey á ella...) á qué contarla
esa historia? Hiciste mal.

ENRICO. Como se empeñó en saberla...
ESTREL. La culpa señor, es mia.
En ello interés tenia...
ENRICO. Y yo debí complacerla.
TELLO. Bien está; pero otra vez
no la cuentes esas cosas:
escenas tan espantosas
pasaron en tu niñez.
Y qué nos debe importar
á nosotros los pecheros
lo que hagan los caballeros,
si nada hemos de ganar?
ENRICO. Al contrario: en sus impías
discordias siempre perdemos;
pero derecho tenemos
de juzgar sus felonías.
Pues aunque humildes seamos,
y ellos muy altos estén,
Dios nos concedió tambien
la razon, y los juzgamos.
Y así juzgo, aunque se llame
Enrique Rey muy ufano
que usurpó el trono á su hermano
por una traicion infame.
ESTREL. Y Enrico tiene razon.
Que no es hombre, si no fiera!
TELLO. Callad! si alguien os oyera...
(Que instinto de corazon!)
ENRICO. Quien ha de oirnos aquí,
si en medio de un bosque estamos?
ESTREL. Y nuestra vida pasamos
contentos: no es cierto?
ENRICO. Oh! sí.
Aunque debo ser sincero.
TELLO. Pues qué, hijo mio, apeteces?
ENRICO. Confieso que algunas veces
siento no ser caballero.
ESTREL. Tiene ambicion tambien: oh!
ingrato! capaz sería
de abandonarnos un dia
por satisfacerla.
ENRICO. Ah! no!

Yo vivo feliz al lado
de mi padre, y de mi Estrella;
pero al ver que se atropella
lo que debe ser sagrado;
honor, decoro y deber,
quisiera acero ceñir,
porque habia de morir,
ó lo justo defender.

TELLO. Eso no te corresponde.

ENRICO. Ya lo sé por vida mia.
Entonces no viviría
encerrado como el Conde,
que en ese castillo mora
en la cima de una sierra,
siendo el señor de ésta tierra,
y cuanto sucede ignora;
por qué ninguno le vé,
aunque feudo le pagamos,
y si le necesitamos
en que nos ayuda? en qué?
Quién una vez sola habló
al Caballero feudal?
Así se dice que el tal
há tres años que murió,
y crée la gente inesperta
que es un fantasma, una sombra,
y siempre que se le nombra
se santigua, y quizá acierta.
Mas yo me he de contentar
en ver de ceñir espada
en ser en el mundo nada...
un miserable juglar!

ESCENA III.

DICHOS: UN HOMBRE *en traje de camino.*

HOMBRE. La paz sea en esta casa.

TELLO. Ves si con razon temía... (*Bajo á Enrico.*)

HOMBRE. Importunar sentiría:

mientras la tempestad para...
viendo luz entré al instante.

TELLO. Hicisteis bien en llegar;
aunque pobre, nuestro hogar
no se niega al caminante.
Hago mi deber.

ENRICO. Sin duda;
que es una deuda sagrada
dar al viajero posada,
y mas en noche tan cruda.
A mi padre, y á mi hermana,
y á mí, nos cabe á los tres
sumo contento: así pues
descansad.

HOMBRE. De buena gana.

ESTREL. Estareis aquí mejor:
(*Cediéndole su asiento.*)
vuestro traje está calado:

HOMBRE. (Su sencillez me ha encantado!
Que rostro tan seductor!)
Mas ocupo vuestro puesto,
y no es razon.

ESTREL. Estoy bien.
Calentaos, pues sois quien
lo necesita.

HOMBRE. Supuesto
que os empeñais... á fé mia
que es mas grato disfrutar
de la lumbre del hogar
en tan buena compañía;
que en noche tan tempestuosa
de breña en breña saltando,
ir el cuerpo tumbos dando
por esa sierra fragosa.
Oh! si este albergue no encuentro,
paso una noche cruel,
porque en el castillo aquel
aunque me empalen no entro.

TELLO. Por qué no, si desde aquí
en él se distingue luz?

HOMBRE. Oh! la señal de la cruz
haré al pasar por allí.

ENRICO. Quizá os han hecho algun daño
los que le habitan?
HOMBRE. No tal:
mas como se habla tan mal
de su dueño... y no lo estraño,
si es cierto lo que se cuenta...
TELLO. Ya veis si cerca vivimos
nosotros, y nada oimos.
De la gente descontenta
hablillas sin duda son,
que el Conde á ninguno ofende.
HOMBRE. Pero tampoco le atiende.
TELLO. El se sabrá la razon.
HOMBRE. No hay razon para sufrir
que su tierra sea talada,
y no pueda gente honrada
tranquila en ella vivir.
Ya son del Rey los arqueros
que al labrador apalean,
ya su hacienda le saquean
los audaces bandoleros.
Pues no falta quien murmura
que de tales disfrazados
son por la córte pagados.
ENRICO. Por la córte?
TELLO. Qué locura!
ESTRELL. Qué objeto pueden tener?
HOMBRE. Inocentes! Se os esconde?
Para que se irrite el Conde
y cumpla con su deber.
ENRICO. Ah!
HOMBRE. Se quiere que indignado
alce rebelde pendon,
y andan buscando ocasion
de arrebatarle su estado.
ENRICO. Tanto le odia?
HOMBRE. Con esceso.
TELLO. Por qué causa?
HOMBRE. Es conocida;
porque á D. Pedro no olvida.
ESTREL. Pues ya le quiero por eso.
ENRICO. Y siendo esa la razon

mal hace en tanto sufrir,
porque habian de seguir
muchos su noble pendon.

TELLO. Imprudente! De ese modo
hablar á un desconocido! (*Bajo á Enrico*).

HOMBRE. Vos opinais que ha debido...

ENRICO. Sí; vengarse sobre todo.

TELLO. Enrico! (*Id.*)

ENRICO. Y de esa manera
á los suyos defendia.

HOMBRE. Qué quereis! Es su apatía
tan grande!... y aunque quisiera,
está la gente cansada
de guerras.

ENRICO. La que medró
porque á Castilla esquilmó;
mas no la que fué esquilmada.
Cansóse la senectud
tambien, y á quien le sorprende?
pero si la lid se enciende
hay brio en la juventud.
No anhela el personal medro,
sino el bien comun.

HOMBRE. Y vos,
es decir...

TELLO. Calla por Dios! (*Bajo á Enrico*).

ENRICO. Que yo tampoco me arredro.

ESCENA IV.

DICHOS: *Dos* CAZADORES *ó* CABALLEROS *con aquel traje.*

CAB. 1.º El cielo os guarde.

TELLO. El á todos
ayude.

ESTREL. Son cazadores? (*A Enrico bajo*).

ENRICO. Parecen tales al menos. (*Id*).
No me gustan estos hombres;
mas tendré pronta mi daga, (*Ap*).
si bastardas intenciones
son las suyas.

HOMBRE. Ese rostro... (*Al verlos. Ap*).
dormiré. (*Id*).
(*Se recuesta en el banco al lado de la lumbre, embozado*).

CAB. 2.º Como la noche
es oscura, nos perdimos
en lo intrincado del monte,
y si el dueño de esta casa
nos hospeda en ella, entonces
descansaremos un rato.

TELLO. Con mucho gusto, señores.
La casa, y cuanto hay en ella,
aunque es el ajuar muy pobre
está á la disposicion
de vuesacerdes. (Su porte
rebela son caballeros).

CAB. 1.º Tan corteses espresiones
muestran bien que sois el dueño:
gracias os damos: y el hombre
que recostado á la lumbre...

TELLO. Cual vos aquí guarecióse
temiendo la tempestad;
pero calla; está hecho un poste.
El cansancio le ha rendido,
y se durmió.

ESTREL. Se conoce
que le vino pronto el sueño,
pues há poco...

CAB. 1.º Y estos jóvenes
son tambien de la familia?

TELLO. Mis hijos, y servidores
de vuesarced.

CAB. 1.º Y es soltera
esa tan donosa jóven,
ó casada?

TELLO. Todavía
no es tiempo que estado tome:
sobrados dias la quedan.

CAB. 2.º No quereis que os abandone?

ENRICO. (Ya preguntan demasiado). (*Bajo á Estrella*).

ESTREL. (Y qué eso, Enrico, te enoje?) (*Id*).

CAB. 1.º Dios os conserve esa flor

en estos espesos bosques,
pues en ellos no pensaba
que pudieran crecer flores;
mas ya veo que las brisas
que por las montañas corren
hacen resaltar mas bellos
sus purpurinos colores!
Oh! si esta flor solitaria
fuese á los régios salones
á derramar su perfume,
y á ostentar tantos primores,
á fé que muchas bellezas
que brillan hoy en la córte,
humilladas quedarian
ante la flor de los bosques.

ESTREL. Galan es el caballero!
Tan lisonjeros favores
agradezco como es justo,
aunque no me corresponden;
porque me sirven de espejo
arroyos murmuradores,
y me enseñan lo que valgo,
que es bien poco, para que orne
la que habeis llamado flor,
mas morada que la pobre
cabaña donde ha nacido,
sin ambicionar mas dones
de la fortuna, que aquellos
que disfrute en estos montes,
con un hermano á quien ame,
con un padre que la adore;
qué he de ambicionar, si reino
en sus tiernos corazones!

ENRICO. Oh! sí: reinas soberana.

TELLO. (Infelices! no conocen
la resolucion que debo
adoptar. Ah! que la ignore
Enrico).

CAB. 2.º (*Al* 1.º) Me ha sorprendido
su discrecion.

ESTREL. Ah! perdonen.
Les sacaré algunas viandas

para que un bocado tomen.

CAB. 1.º Por ser de su blanca mano
lo tomaré. (Ay! qué soles!
Abrasan el corazon
y ciegan sus resplandores!)

ENRICO. Yo te sigo. (*A Estrella bajo. Se van.*)

TELLO. (Quiero hablarla
sin que ninguno lo estorbe).
Haz, Enrico, compañía
á los huéspedes: mas donde...
dispensad.

CAB. 1.º Vuestras faenas
haced.

ESCENA V.

Los CABALLEROS *y el* HOMBRE *durmiendo.*

CAB. 1.º Habeis visto, Conde,
mas hermosa criatura?
Al verla el alma robóme.

CAB. 2.º Ya veis que no os he engañado:
que salieron mis informes
verdaderos.

CAB. 1.º Aventajan
sus encantos seductores,
su sencillez inocente,
y su discrecion tan noble
á cuantas damas conozco.
No estais conmigo conforme?

CAB. 2.º Sin duda; y mas contribuye
á que la ilusion sea doble,
el que ya os habais cansado
de las damas de la córte.

CAB. 1.º Teneis razon: verlas siempre
con galas que las adornen,
de ricas joyas cubiertas,
ya no me inspira ilusiones;
y de esta bella aldeana
resaltan mas los primores
con ese traje modesto,
y con su sencillo porte.

Mas con su estado contenta
mucho temo se malogren
mis proyectos, que no irá
de buen grado.

CAB. 2.º Si se opone
yo me encargo...

CAB. 1.º Mas callad,
que si el estraño nos oye...

CAB. 2.º Durmiendo está todavía.
(*Acercándose al hombre*).
Descuidad, que todo corre
de mi cuenta.

ESCENA VI.

DICHOS: TELLO, ENRICO, ESTRELLA: *ésta coloca un mantel sobre la mesa, y en ella algunas frutas, etc.*

ESTRELL. Aquí teneis
viandas que no corresponden
á tan dignos caballeros,
porque á nuestras proporciones
falta lo que en voluntad
nos sobra.

CAB. 1.º Serán mejores
por vuestra mano aliñadas
que las que el mismo Rey come.

CAB. 2.º Oh! de seguro: yo apuesto
que con su poder enorme,
en medio de su grandeza,
y con tantos servidores,
un manjar mas esquisito
no presentan esta noche
á D. Enrique.

CAB. 1.º Es posible. (*Con intencion*).

TELLO. Eso es burlarse, señores.
Quién compara la grosera
mesa de un labriego pobre
con la de tan poderoso
monarca!

ENRICO. El, que dispone
de todo un reino, y nosotros
que solo cuatro terrones
poseemos! Unos nada,
y otros tanto!

CAB. 2.° Desconoces
que no son todos iguales
en el mundo?

ENRICO. No os asombre;
yo lo conozco tambien,
aunque criado en los montes;
mas desigualdad tan grande
con que reparte sus dones
la fortuna, me sorprende;
porque no es justo que gocen
algunos en la opulencia,
y en la miseria otros lloren.

CAB. 1.° (*Con enojo*). Y quién eres, insensato,
que á los decretos te opones
de la Providencia?

ESTREL. (Cielos!)

ENRICO. Quién soy, preguntais? Un hombre.
Dije mal: un desdichado
juglar que tristes canciones
canta al compás de sus penas,
y como nadie las oye,
porque el mundo indiferente
es del triste á los dolores,
las canto á la blanca luna,
y á los astros de la noche,
al árbol que solitario
en hondo valle se esconde,
al lirio que crece ageno
del sol á los resplandores,
á los límpidos arroyos
que murmuran en el bosque,
á las alondras que gimen,
y á los céfiros veloces,
porque ellos con sus suspiros
á mis lamentos responden.

CAB. 1.° Con que posees la gaya
ciencia?

ENRICO. Un poco.

CAB. 1.° Por qué entonces
no vas á cantar tus trovas
á los grandes de la córte?
En sus palacios la entrada
no se niega á trovadores,
y quizá el Rey se dignara
oirte.

TELLO. Que te reportes
Enrico. (*Bajo y ap.*)

ENRICO. Aficion no tengo
á dorados artesones.
De mi lira los sonidos,
que no son aduladores,
no complacieran á muchos,
y por sincero ó por torpe
sus enojos provocara.

CAB. 1.° Pues juzgas que el Rey acoge
la lisonja?

ENRICO. Es un manjar
que todos los dias ponen
á su mesa; el paladar
á su gusto acostumbróse,
y la verdad no le hiciera
provecho.

(*El Hombre que se ha levantado durante los últimos versos; mientras los Caballeros muestran su descontento al oir á Enrico*).

HOMBRE. Muy buenas noches.
(*Recatando el rostro*).
Me dormí profundamente.
Cesó la tempestad; con que
voy á partir, y obligado
quedo á vuestras atenciones.

TELLO. Dios os guie.

HOMBRE. Sed prudente,
(*Bajo á Enrico que le acompaña hasta la puerta.*)
vos que sois sobrado jóven,
y aunque el ingenio no os falte,
y audáz corazon os sobre,
sin conocer los sugetos
el hablar á mucho espone.

Es un consejo de amigo
que os tomó aficion.

ENRICO. Su nombre? (*Id.*)

HOMBRE. Nos veremos algun dia.
Adios! (*Id.*)

ENRICO. Tambien cautivóme.

ESCENA VII.

DICHOS *menos el* HOMBRE.

CAB. 1.° Su ejemplo seguir debemos,
pues la blanca luna rompe
las pardas nubes, y brilla
su luz en el horizonte
nos guiará en nuestro camino.

CAB. 2.° Guardaos de salteadores
que andan por estos contornos.

TELLO. Nada temo que me roben.

CAB. 1.° Es que teneis un tesoro.
Adios, bella aldeana!

ESTREL. Nobles
caballeros, que os proteja
el cielo.

CAB. 1.° (*A Enrico.*) Y vos, que se enoje
no temais por vuestras trovas
el Rey; por mas que remonte
su vuelo el ave, no alcanza
hasta el sol que es rey del orbe.

ESCENA VIII.

TELLO, ESTRELLA, ENRICO.

ENRICO. Razon tiene el caballero.
Qué importarán mis canciones
á quien tan alto se encuentra!

TELLO. Cierra la puerta.

ENRICO. Temores
abrigais por lo que dijo...

TELLO. Buenas son las precauciones.
Ya es hora de recogernos.
ENRICO. Padre mio; que la noche
paseis tranquila; y tú, Estrella,
que no turben sus vapores
tu sueño. (*Se retira*).
ESTREL. Gracias, hermano.
TELLO. Tú aguarda. Ya no nos oye.
(*A Estrella, y observando si su hijo se ha marchado á su aposento*).

ESCENA IX.

ESTRELLA, TELLO.

TELLO. Hablarte á solas queria,
y no en presencia de mi hijo,
y que á él ocultes exijo
lo que te diré, hija mia.
ESTREL. Sabré vuestra voluntad
respetar, aunque me aflige
padre mio lo que exige.
TELLO. Es preciso.
ESTREL. Qué crueldad!
Cuando no se oculta nada
á ninguno de los tres,
de cuanto sabe uno...
TELLO. Pues
tu palabra está empeñada,
y mi voluntad lo ordena:
dije mal; te lo suplico.
ESTREL. Oh! no se lo diré á Enrico.
Oiros me causa pena.
Suplicarme vos á mí?
No soy hija vuestra?
TELLO. Ah! No!
ESTREL. Pero quiero serlo yo.
Mas padre no conocí.
A vos solo no he debido
tan cariñoso desvelo?
Del mio privóme el cielo!

TELLO. Y como á hija te he querido.
Es verdad.
ESTREL. Y ya os habeis
cansado de amarme tanto?
TELLO. Oh! siempre serás mi encanto!
ESTREL. Y vos mi padre sereis!
Que el mio en la guerra ha muerto
no me habeis dicho!
TELLO. Si tal.
ESTREL. Que su amigo mas leal
érais vos?
TELLO. Tambien es cierto.
ESTREL. Y que mi madre al nacer
perdí? Pobre madre mia!
TELLO. Todo es verdad. (*Dudando.*)
ESTREL. Suerte impía!
Pues á quien he de querer
mas que á vos en este suelo!
Y á Enrico: no es él mi hermano!
Oh! siendo hijo vuestro es llano,
ambos sois todo mi anhelo.
TELLO. Y sin embargo es forzoso
separarnos!
ESTREL. Santo Dios!
de quién? De Enrico y de vos!
apartarme... es horroroso!
No puede ser: habré oido
mal.
TELLO. (Ah! su pena me mata;
pero la fortuna ingrata
lo exige). Está decidido.
Disponte para partir
mañana conmigo.
ESTREL. Cielos!
Dónde?
TELLO. Calma tus desvelos.
Yo te voy á conducir
al lado de una parienta,
de una santa religiosa,
y ya verás cuan dichosa
vives allí.
ESTREL. Me atormenta

esa idea! Abandonarme!

TELLO. No lo creas, hija mia;
que yo iré á verte algun dia.

ESTREL Cómo podrán consolarme
aquellos cláustros sombríos,
de mi perdida cabaña,
de mi valle y mi montaña,
y de estos bosques umbríos!
Hasta mí no llegará
vuestra voz... la de mi hermano...
pero ay! le llamo á sí en vano,
que estraña para él soy ya!

TELLO. El tambien irá conmigo;
y no siempre en la clausura
vivirás; que mas segura
estés por ahora consigó.
Porque los tiempos están
malos; nada se respeta:
calma, pues, tu pena inquieta,
porque otros tiempos vendrán.
Y entonces... abrázame,
y á dormir; que madrugar
debemos; y no llorar! (*Conmovido.*)

ESTREL. Padre mio!

ESCENA X.

TELLO.

Ya se fué!
Me conmueve su dolor!
Y la causa de esta ausencia
no adivina su inocencia:
ocultársela es mejor.
Y qué hará Enrico al saber
que de ella está separado!
Los dos juntos se han criado;
cómo no se han de querer!
Si hoy afecto fraternal
agita sus corazones,
quién de mas fuertes pasiones

detiene el vuelo fatal!
Quién me dice que mañana
no se amen! Cándido soy.
Acaso no se aman hoy!
oh! mi sospecha no es vana.
Yo comprenderlo debia
para evitarlo tambien,
pero quién se aparta, quién
de ella! Y al fin llegó el dia.
Voy el alma á desgarrar
del hijo á quien amo tanto!
Y á su queja, á su quebranto,
qué respondo? En qué fundar
mi negativa á su union
si Enrico se empeña en ello?
Guarda tu secreto Tello,
en lo hondo del corazon.
No eres dueño de violar
un depósito sagrado
á tu lealtad confiado.
(*Pausa*).
Mas quién lo ha de reclamar
Si desparecer le hiciera
dichoso mi hijo seria,
y quién saberlo podia?
(*Pausa*).
Basta que yo lo supiera!
Y mi conciencia? Y mi fé?
Ah! noble sombra, perdon!
Aunque sufra el corazon
con mi deber cumpliré!
(*Se retira á un aposento*).

ESCENA XI.

Suenan golpes en la ventana. Esta se abre al fin, y entran por ella el CABALLERO 2.° *y dos* HOMBRES.

CAB. 2.° No hagais ruido: con cuidado.
Ya está la ventana abierta,
pues nos cerraron la puerta.

poco el abrirla ha costado.

HOM. 1.° La costumbre...

CAB. 2.° Ese es tu oficio.

HOM. 1.° Y adelantando en él voy;
ya se vé; como que estoy
á vuestro noble servicio.

CAB. 2.° Callad; porque hace un momento
aquí estaban todavía;
que el vago sonido oia
de palabras.

HOM. 2.° Pasos siento:
distingo una luz allí:
si aun no se hallan recogidos...

CAB. 2.° Estad ambos prevenidos,
y ocultémonos aquí.

(Abren la puerta del fondo y se ocultan detrás, pero sin que se note que está abierta.

ESCENA XII.

ESTRELLA *coloca una bugía en la mesa.*

Huye el sueño de mis ojos.
Cuán breves las dichas son!
Gozó mi alma sin enojos
para trocarse en abrojos
las flores de la ilusion!
Ya no volveré á aspirar
tan purísima fragancia,
pues tengo que abandonar
el hospitalario hogar
que fué asilo de mi infancia.
Quedó la noche serena,
(Acercándose á la ventana).
y la ilumina la luna
por contrastar con mi pena,
que ahora es negra mi fortuna,
y era hace poco tan buena!
Adios bosques que amo tanto!
vengo á rendiros ahora
el tributo de mi llanto,

oh! ya no sereis mi encanto
al despertar de la aurora!
Y ya esas cimas dorar
no veré al sol: os suplico,
testigos de mi pesar,
que no le diguis á Enrico
que me habeis visto llorar!

ESCENA XIII.

ESTRELLA, *El* CABALLERO 2.° *y los dos* HOMBRES *se dirigen hácia ella sin hacer ruido: al retirarse de la ventana, se apoderan de ella.*

ESTREL. Ah!
HOM. 1.° Silencio!
ESTREL. Padre mio!
(*Se desmaya, y la sostienen los hombres*).
HOM. 2.° Desmayóse.
CAB. 2.° Eso no es nada.
Un poco sobresaltada...
la hará volver en sí el frio.
Conducidla á la litera.
(*Los hombres se llevan á Estrella: el Caballero los sigue.*)

ESCENA XIV.

TELLO *y despues* ENRICO.

TELLO. Parecióme haber oido
la voz de Estrella: habrá sido
ilusion? Quizá lo fuera...
Voy á ver. (*Se dirige al aposento de Estrella*).
ENRICO. Ruido sentí
cuando me iba á recoger.
TELLO. Cielos! (*Saliendo*).
ENRICO. Me hace estremecer!
Padre, qué os pasa?
TELLO. Ay de mí!
Estrella...
ENRICO. Acabad!
TELLO. Robada!

ENRICO. Qué decís! Cómo! Por dónde?
Quién en la casa se esconde,
si está la puerta cerrada?
Oh! Dios! abierta! oh! furor!
(*Al acercarse á ella*).
Sin haberla defendido!
Mas quién habrá cometido
tal infamia! Vil traidor!
Mas yo iré en su seguimiento;
No estará lejos de aquí.

ESCENA XV.

Al salir ENRICO *aparece el* HOMBRE *de las primeras escenas.*

HOMBRE. Deteneos!
ENRICO. Ah!
TELLO. Vos.
HOMBRE. Sí:
yo soy.
ENRICO. Qué presentimiento!
El raptor!
HOMBRE. Dudais de mí!
ENRICO. Dudo de todos: hablad:
la habeis visto?
TELLO. Me han robado
á mi hija!
ENRICO. Arrebatado
á mi hermana! oh iniquidad!
HOMBRE. Yo libertarla he intentado.
TELLO. Ah! vos!
ENRICO. Qué decís?
HOMBRE. Huyeron.
Ved.
(*Le muestra el brazo en que ha recibido una herida*).
ENRICO. Herido!
TELLO. Oh! Dios!
HOMBRE. No es nada.
Mis esfuerzos vanos fueron;
y qué pudiera mi espada

contra seis? Y me vencieron.

ENRICO. Perdonad, si sospeché
de vos.

TELLO. Ay! hija querida.

ENRICO. Pero yo los seguiré,
y libertarla sabré,
ó me han de arrancar la vida.

HOMBRE. Qué intentais hacer?

TELLO. Gran Dios!

HOMBRE. Morir sin salvarla vos.

ENRICO. Pues á morir me decido.

TELLO. Ah! Ya que una hija he perdido,
no pierda á un tiempo á los dos!
Detente!

ENRICO. Y la he de dejar
en poder de sus raptores!
Pero no puedo acertar...
si habrán sido salteadores!
Qué acabo de recordar!
Qué sospecha! Santos cielos!
Capaces pudieron ser!...

TELLO. Ay! me haces estremecer!
Porque abrigo tus recelos,
y no los quiero creer.
Ellos que hospitalidad
en mi casa han recibido,
que de mi pan han comido,
y abrigo en la tempestad
hallaron, ellos no han sido.

HOMBRE. Pues ellos fueron.

TELLO. Ah!

HOMBRE. No
lo dudeis, aunque os asombre.
Quién infamia tanta vió!
Es la mayor en el hombre
que mal por bien devolvió!
Los infames han violado
la santa hospitalidad.
Qué puede ser respetado,
si profana la maldad
hasta su asilo sagrado!

ENRICO. Pero ellos en lo altaneros

mostraron ser caballeros.
Villanos quise decir,
y á la corte deben ir.

HOMBRE. De fijo.

ENRICO. Sus desafueros
impunes no quedarán.

HOMBRE. De qué modo?

ENRICO. Yo tambien
he de ir á la corte.

HOMBRE. Y bien?

ENRICO. Mis quejas atenderán.

HOMBRE. Quién ha de atenderlas? quién!

ENRICO. Iré á palacio.

HOMBRE. Un pechero
la puerta hallará cerrada.

ENRICO. Veré al Rey.

HOMBRE. Es lo primero
llegar hasta él.

ENRICO. A la entrada,
ó á la salida le espero.
Que ha de entrar ó ha de salir
de su palacio algun dia,
y de fijo me ha de oir.

HOMBRE. Y qué pensais conseguir?

ENRICO. Castigue su felonía.
Que el Rey justicia me hará,
devolviéndome á mi Estrella.

HOMBRE. Sin pruebas?

ENRICO. El me creerá,
porque tratándose de ella,
Dios mi acento inspirará.

HOMBRE. Y sin conocerlos vos,
y contra sus cortesanos
justicia esperais?

ENRICO. Gran Dios!

TELLO. Serán tus clamores vanos.

ENRICO. Ah! razon tienen los dos!
No hay esperanza!

HOMBRE. Si tal.

TELLO. Encontrais un medio? Cuál?

ENRICO. Quién nos ha de defender!

HOMBRE. Yo! cumpliendo mi deber.

ENRICO.
TELLO. } Vos!
HOMBRE. Vuestro señor feudal!
ENRICO. Sois vos!
TELLO. Ah! señor! (*Con asombro y respeto.*)
HOMBRE. Yo, sí:
que de la corte alejado
en mi castillo viví,
del mundo desengañado
dó tantos crímenes ví.
Desde aquel funesto dia
en que un atentado horrendo
cometió traicion impía,
á los hombres conociendo
hasta de su trato huia.
Pero contra mí atizaron
los villanos cruda guerra,
y hasta mis campos talaron,
y á quién tranquilo dejaron
de los que labran mi tierra!
Y no hay huérfana ni viuda,
ni doncella, que no acuda
á mí en queja de un desman;
basta de sufrir, verán
que mi acero los escuda.
Oirán la verdad el Rey,
y esa cortesana grey
que hacen tales desafueros
yo defenderé los fueros
de la justicia y la ley.
ENRICO. Y yo seguiros ansío.
HOMBRE. Bien, en tu lealtad confio.
ENRICO. Dadme vuestra bendicion!
(*Arrodillándose á los piés de su padre.*)
TELLO. Sí, te la doy, hijo mio,
con todo mi corazon!
(*Tello levanta á su hijo, le abraza, y el caballero y Enrico parten. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cámara de palacio. Puertas á la derecha é izquierda.
Una ventana á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR, LOPE, *Escudero.*

LEON. Nada sabes de mi esposo?
LOPE. Señora yo no sé donde
se encuentra el ilustre Conde
que ayer partió presuroso.
A caza sin duda iría,
porque á ella es aficionado.
LEON. Está bien.
(*Hace ademan al Escudero para que se retire.*)

ESCENA II.

DOÑA LEONOR.

Y se ha alejado
sin verme! No pasa un dia
que de su conducta yo

no me tenga que quejar;
pero ay! que debo espiar
mi falta. Ah! No me engañó
mi corazon: yo debí
no ceder nunca á este enlace ,
de esto mi desdicha nace;
y otro recuerdo... ay de mí!
Sin averiguar jamás
si ha muerto ó vive: Dios mio!
En vuestra bondad confio
que no me lo oculteis mas!
(*Maquinalmente se ha dirigido á la ventana.*)
Qué miro! En una litera
mi esposo y una mujer!
Que así se atreva á ofender
mi decoro! si viniera
aquí... no hay duda: ocultarme
debo: que ultraje mayor!
A confundir al traidor
sabré á tiempo presentarme.

ESCENA III.

HUGO, ESTRELLA. *En el fondo se queda un Escudero.*

HUGO. Deponed vuestro temor,
y cesen vuestros enojos,
que á tan dulcísimos ojos
no cuadra bien el rigor.
Del camino fatigada
debeis estar; que ligera
en estremo la litera
os condujo.
ESTREL. Desgraciada!
HUGO. No es vuestra suerte fatal
para que de ella os quejeis;
como aun no la comprendeis,
por eso os parece mal.
Mas mudareis de opinion;
oh! yo estoy de ello seguro,
que vuestra dicha procuro.

ESTREL. Tened de mí compasion!
HUGO. Seguidme, y nada temais;
por el contrario, orgullosa
pronto os veré; cuan dichosa
vais á ser, no imaginais.
ESTREL. Si caballero sois vos,
devolvedme al padre mio:
en vuestra nobleza fio;
dejadme partir.
HUGO. (Gran Dios!
Mi esposa en este momento!)
En esa cámara entrad.
Que no salga. (*Al Escudero bajo.*)
ESCUD. Descuidad.
(Si la vió... que pensamiento!)

ESCENA IV.

LEONOR, HUGO.

LEON. Mal haceis en ocultar
lo que ya vieron mis ojos;
y no es que me cause enojos,
y quejas os venga á dar.
Que en silencio hondos agravios
acostumbrada á sufrir,
ni aun los permito salir
del corazon á los labios.
HUGO. Siempre altiva!
LEON. Y siempre vos
en humillarme empeñado.
HUGO. Jamás en ello he pensado,
y me ofendeis, vive Dios!
LEON. No voy á exigiros cuenta
de vuestra conducta estraña,
por mas que no es digna hazaña
hacer pública mi afrenta.
Y faltar á mi decoro,
aunque siendo aborrecida,
como estoy á vos unida

redunda en vuestro desdoro.
Porque al fin soy vuestra esposa:
la suerte así lo previno:
fué fatal nuestro destino!
que yo fuera mas dichosa,
y mas tranquila viviera
sin sufrir tanto desden,
y vos mas libre tambien
sin que de ello me ofendiera.

HUGO. Y á mí me ofende escuchar
quejas siempre repetidas.

LEON. Que nunca son atendidas,
y que debeis respetar.
Pasan los dias sin veros,
huyendo de mi presencia,
os alejais con frecuencia
de la corte; ni escuderos,
ni pajes saben jamás
decirme donde habeis ido;
ó les habeis prohibido
que me lo digan quizás?
Eso sin duda ha de ser,
y como si no os bastara
á ultrajarme cara á cara
venís con una mujer!

HUGO. Que decís? (La vió.)

LEON. Es en vano
que lo trateis de negar,
y yo tengo que apurar
ese misterioso arcano.

HUGO. Qué vais á hacer?

LEON. A cumplir
con lo que exige mi honor.

HUGO. Ved que estais en un error.

LEON. De palacio ha de salir.

HUGO. De órden vuestra? No lo creo (*Con ironía.*)

LEON. Si no fuere obedecida,
sabrá la Reina en segida
vuestro loco devaneo,
y ella justicia me hará.

HUGO. (La Reina! Evitar me toca
que la revele...) Estais loca!

Quién dice que no saldrá
de la corte, si á un convento
sus padres la han destinado?

LEON. Y á vos la han encomendado?
oh! es ingenioso el cuento!

HUGO. Es decir que lo dudais?
En ello ofensa me haceis.

LEON. Darme una prueba podeis;
por qué no me la entregais?

HUGO. A vos, imposible!

LEON. No
os parece bien? Comprendo.

HUGO. Sospechais?

LEON. Lo que estoy viendo.
Que es ella mi rival.

HUGO. Oh!

LEON. Y haré lo que corresponde
á una mujer ultrajada.

HUGO. Señora, estais engañada.

LEON. Pues entregádmela, Conde.

HUGO. No puede ser. Y si fuera
otro el dueño...

LEON. (Ah! lo adivino.
Compadezco su destino.)

HUGO. Cómo entregaros pudiera...

LEON. No decís que destinada
á un convento...

HUGO. Sí.

LEON. Pues bien;
irá al convento tambien,
pero en tanto mas guardada
por mí en palacio ha de estar,
pues no fuera decoroso
que esté al lado de mi esposo,
porque os pueden calumniar.

HUGO. (No hay otro medio.) De mí
no sospechareis ahora.
Os encomiendo, señora,
que la guardeis mucho.

LEON. Oh! sí!

HUGO. Os lo prometo.

Mañana

al convento partirá.

LEON. Cuando querais.

HUGO. Bien está.

(Se dirige á la puerta par donde entra Estrella.

ESCENA V.

HUGO, LEONOR, ESTRELLA.

HUGO. Podeis quedaros ufana,
porque á esta dama os confio.
El callar mucho os conviene.
(Bajo á Estrella.)

LEON. (A su favor me previene
tanta sencillez.)

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, ESTRELLA.

ESTREL. Dios mio!
Imploro vuestra bondad,
si como sois poderosa,
teneis alma generosa;
ah! salvadme por piedad!
Aunque adivinar no puedo
qué riesgos corro, y lo estraño;
si yo á ninguno hice daño
por qué tengo tanto miedo?
Por qué del paterno hogar
me han arrancado, señora?
En dónde me encuentro ahora?

LEON. No lo has podido acertar?
Acaso te han ocultado
los hombres que te traian
á donde te conducian,
ó tú no lo has sospechado?

ESTREL. Yo no sé como salí
de mi tranquila cabaña.

LEON. (Oh! su candor no me engaña.)
No lo recuerdas?
ESTREL. Ah! sí.
Recuerdo que no podía
dormir, y estaba velando;
mil temores asaltando
mi agitada fantasía.
Aspiraba el aura pura
de la noche silenciosa,
cuando oí pasos medrosa,
y en vano gritar procura
mi voz; se ahogó en mi garganta:
mis sentidos se turbaron,
y de mí se apoderaron;
el recordarlo me espanta!
De mi desmayo volví;
sin saber cómo ó por qué
en este sitio me hallé
tan estraño para mí.
Pero al veros, gran señora,
ya cesa mi desventura;
que apelo á vuestra ternura,
y sereis mi protectora.
Ordenad que vuelva yo
al lado del padre mio.
LEON. No es tanto mi poderío.
ESTREL. Qué habeis dicho? Cómo no?
Si de esta casa es el dueño
vuestro esposo, obedecida
sereis vos, si en mi partida
mostrais decidido empeño.
Quién se pudiera oponer?
LEON. Es que estás en un error.
Mi esposo no es el señor
que egerce aquí mas poder.
Y el mio á darte no alcanza
la libertad que apeteces.
ESTREL. Eterno Dios!
LEON. Te estremeces?
ESTREL. En vos fundé mi espernza,
y la habeis desvanecido.
Quien contra mi voluntad

aquí me detiene? Hablad:
quién aquí me ha conducido?
Quiero verle: á mi dolor
se mostrará indiferente?
Ah! no: que acaso inocente
víctima soy de un error.
Y le ha de reconocer
al verme.

LEON. Estás engañada.
Que la presa codiciada
eres tú debo creer.

ESTREL. Desgarrais el alma mia!
Pero en qué os fundais siquiera...

LEON. Aunque yo no lo supiera
tu beldad me lo diría.

ESTREL. Me aterrais! Y lo que Enrico
de la corte me contaba...
que allí la maldad reinaba
decia: oh! Dios! Ya me esplico
mi espantosa situacion:
Esta morada tan bella!
Si todo deslumbra en ella
qué te dice, corazon?
Me hallo en la corte sin duda:
en un palacio lujoso
de magnate poderoso;
pero mi virtud me escuda.
Y vos tambien, no es verdad
que con vuestro apoyo cuento?
Si madre sois...

LEON. (Oh! tormento!)

ESTREL. A vuestra hija recordad.
Y en su nombre proteccion
os pido.

LEON. (La amarga hiel
de ese recuerdo cruel
envenena al corazon.)

ESTREL. Ah! Cómo calmar el duelo
de mi padre y de mi hermano
que me buscarán en vano
con afanoso desvelo!

LEON. Si estás de ellos alejada

fia en mí por ese nombre
que invocaste; y no te asombre:
yo tambien soy desdichada.

ESTREL. En medio de la opulencia
con que parece vivís,
vos la desgracia sentís?

LEON. Cómo engaña la apariencia!
Hondos tormentos no calma
tan magnífico esplendor,
y solo encubre mejor
la pena que agita el alma.
Y así por mas que difiere
tu situacion de la mia,
nos iguala suerte impía,
pues en dardo á las dos hiere.

ESTREL. Ahora sí que en vos confio,
pues tampoco sois dichosa.

LEON. (Tan bella, y tan candorosa,
cómo salvarla Dios mio!)
Pero vén á mi aposento,
y pensaré la manera...
(la veo por vez primera
y hácia ella que afecto siento!)

ESCENA VII.

EL REY, D. ENRIQUE, EL CONDE HUGO, *por la izquierda*, GONZALEZ DE MENDOZA, GARCIA DE ALBORNOZ, D. PEDRO MANRIQUE, *y caballeros por el fondo. Guardias que acompañan al Rey.*

ENRIQ. Con que os sorprendió? *(Bajo á Hugo.)*

HUGO. Si tal.
Y en ese lance fué fuerza
encomendarla á mi esposa *(Idem al Rey.)*
para no infundir sospechas.
He tomado precauciones
para que salir no pueda
de palacio, aunque intentara
libertarla la Condesa.

ENRIQ. Salud, nobles caballeros. (*Alto.*)
MANRIQ. Guarde el cielo á vuestra alteza.
Vuestras órdenes aguardo.
ENRIQ. Vais á partir con presteza
á Galicia que ha invadido
el portugués.
HUGO. Qué insolencia!
Es preciso castigarla.
MANRIQ. Si el Rey, Hugo, me lo ordena,
no faltaré á mi deber;
porque el arte de la guerra
he aprendido en cien combates,
sin que nunca en ellos vuelva
la espalda. (*Con intencion.*)
HUGO. Quereis decir...
MANRIQ. Que si alguno á su bandera
hace traicion, los Manriques
siempre su lealtad ostentan.
ENRIQ. Por eso os mando á Galicia,
porque á Tuy y á Compostela
ha tomado el portugués.
MANRIQ. O moriré en la contienda,
ó recobraré esas villas.
GARCIA. Digna ha sido la respuesta:
(*Bajo á Manrique y Mendoza.*)
la merece ese estranjero
que ejerce tanta influencia
en el ánimo del Rey.
MENDOZ. Y para Castilla es mengua. (*Idem.*)
ENRIQ. Vos, Gonzalez de Mendoza,
partireis á la frontera
de Aragon: el de Alencastre,
y el Aragonés intentan,
segun las nuevas que tengo,
hacer de Castilla presa
para saciar su codicia:
vos domareis su soberbia.
MENDOZ. De tan noble confianza
de ser digno os daré muestra,
si la lid se enciende.
ENRIQ. El moro
la Andalucía saquea,

y la ciudad de Algeciras
acaba de echar por tierra:
vos García de Albornoz
volareis á la defensa
de aquel reino.

GARCIA. Aprestaré
mis gentes á la pelea
contra el árabe altanero.

HUGO. El Rey hacer no pudiera
eleccion mas acertada
para defender sus tierras,
que en tan dignos capitanes.

MENDOZ. Gracias, Conde. (*Con sequedad.*)

GARCIA. Y él se queda
en la corte. (*Bajo á Mendoza y á Manrique.*)

MANRIQ. Es que le gusta
mas la lisonja. (*Idem.*)

MENDOZ. Así medra. (*Idem.*)

ENRIQ. Con vos, D. Beltran Guevara, (*A un caballero.*)
tengo contraida una deuda
por servicios que me habeis
prestado; y la lealtad vuestra
con el valle de Leñiz
premio: tambien se me acuerda
que Ramirez de Arellano (*A otro.*)
otros me hizo de gran cuenta,
y así os cedo el señorío
de los Cameros: me pesa
que se halle exhausto el tesoro,
y satisfacer no pueda
las ciento veinte mil doblas
que á Beltran Claquin se adeudan,
y la paga á los soldados
que de Francia y de Inglaterra
vinieron á socorrerme
contra D Pedro; por esa
razon mando que se labren
dos géneros de moneda,
cruzados, y reales: quiero
hacerle merced de Atienza,
Soria, Almazan, Monteagudo
á Beltran en recompensa

de su valor: á vos, Hugo,
os daré tambien á Cuenca.

HUGO. Oh! el Rey de las Mercedes
por vuestra insigne largueza
con razon os llama Europa.

ENRIQ. Así la lealtad se premia.

MANRIQ. Pobre Castilla! (*Bajo á los otros.*)

MENDOZ. Reparte
entre estraños nuestra hacienda (*Idem.*)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS: D. FERNANDO DE AGUILAR *aparece completamente armado, y con la visera calada: atraviesa por entre los Caballeros, y se dirige al Rey.*

FERN. Rey de Castilla, y Leon!
Que me hagais justicia espero,
ó la tomará mi acero,
si no dais satisfaccion
á un cumplido caballero.

ENRIQ. Quién su voz se atreve á alzar
con arrogancia estremada,
y me viene á demandar
con la visera calada!
Su audacia he de castigar.
Quién sois!

FERN. Quien tiene derecho
á quejarse de este modo,
y no le paga al Rey pecho:
quien de él no está satisfecho,
y razon le sobra en todo.

ENRIQ. Descubrios.

FERN. No hace al caso
descubrirme ahora ó despues.

HUGO. Pues yo le haré...
(*Dirigiéndose á D. Fernando.*)

FERN. Paso á paso.
(*Empuñando la espada.*)
Que yo mis palabras taso,

y no os valdrá el ser inglés.
Con vos, Hugo, cabalmente,
que habeis venido á esta tierra
para oprimirla insolente,
tengo una cuenta pendiente,
noble hidalgo de Inglaterra!
Vos que gozais la privanza
del Rey, al combate os reto,
segun es antigua usanza,
con el acero ó la lanza:
elegid.

HUGO. Al Rey respeto,
y sin su vénia aceptar
no puedo sin conocer...

FERN. El guante podeis alzar, (*Le arroja.*)
que mi rostro vais á ver. (*Alza la visera.*)

MENDOZ. Don Fernando!

GARCIA. El de Aguilar!
(*Asombro general.*)

ENRIQ. Vos, Conde, que retirado
vivís en feudal castillo!...

FERN. Y bastante he tolerado
que de mi corona el brillo
la injusticia haya empañado.
Mis villas son saqueadas,
vejados sus moradores,
y sus tierras asoladas,
viendo sus mieses taladas
sencillos cultivadores.
No tiene fuerza la ley;
porque al débil no le escuda;
pero es el deber de un Rey
prestar á oprimida grey
su proteccion y su ayuda.
Mas se cierran los oidos
para el que sufre esos daños;
mientras lloran desengaños
los propios desatendidos,
se dan mercedes á estraños.
A vos de Carrion la villa, (*A Hugo.*)
á Claquin, á Trastamara;
hasta nombrarlo es mancilla!

que así se premie en Castilla
la traicion de gente avara!

ENRIQ. Vuestro labio audaz condena
lo que á un Rey su honor le ordena?
Generoso debe hacer
mercedes.

FERN. Es fácil ser
liberal de hacienda agena.
Y es mas fácil por mi vida,
del hombre honrado asaltar
la casa para robar
en ella á su hija querida.

HUGO. A quién venís á acusar?

FERN. Vuestro labio demudado
os vendió. (*Recoje el guante.*)

HUGO. De enojo, sí.

ENRIQ. Acusar al Conde!

HUGO. A mí!
Delirais! (Quien le ha contado...)

FERN. Escuchad: fué el lance así.
Era una noche sombría,
la tempestad arreció,
y tanta lluvia caia,
que á pobre cabaña umbría,
gente estraña se acogió.
Sus dueños los recibieron
con su natural bondad,
su mesa y hogar les dieron,
y ellos con gozo admitieron
tan franca hospitalidad.
Eran dos los que llegaron
mientras otro allí se hallaba;
mas, dormido le juzgaron,
y sus planes concertaron;
y el otro les escuchaba.
En traje de cazadores,
y ademan de caballeros,
hicieron nobles señores
con humildes labradores
acciones de vandoleros.
Aunque no buscaban oro
fué su intento mas villano:

robaron á un padre anciano
su hija: su único tesoro,
y tierna hermana al hermano.
Aquella familia honrada,
fué tranquila á descansar,
mientras la traicion osada
iba en silencio á violar
la hospitalidad sagrada.
El que fingió que dormía
á la jóven defendió:
contra tantos, qué podia!
Le vencieron.

ENRIQ. Quién seria
tan noble adalid?

FERN. Fuí yo.
Los principales raptores
conocí tambien.

ENRIQ. (Gran Dios!)

FERN. A uno nombré de los dos:
al Conde. El otro... (*Levantándose el Rey.*)

ENRIQ. Señores,
despejad. (*A los Caballeros.*)

ESCENA IX.

D. ENRIQUE, D. FERNANDO. *Apenas salen los Caballeros se acerca D. Enrique á Fernando.*

ENRIQ. Y el otro...

FERN. Vos!

ENRIQ. Yo! dijisteis, atrevido!

FERN. Repito que os conocí,
y miradme bien; yo fuí
quien fingia estar dormido.
Vuestros planes escuché,
de vuestro viaje el objeto,
y si entonces el secreto
con poco tino guardé,
fué porque no imaginaba
que obrando de esa manera,

un Monarca descendiera
á una accion que le humillaba.

ENRIQ. Que hablais al Rey.

FERN. Puedede ser
que el Rey me oiga en este instante;
mas solo veo delante
al raptor de una mujer.
Quien así la honra atropella
su prestigio desmorona,
porque empañó su corona
al robar á una doncella.

ENRIQ. Oh! Yo os he de demostrar
que brilla aun en mi frente,
castigando á un insolente.

FERN. Podeis el reto aceptar.
Pues aunque le admitió el Conde
contra vos lidiar prefiero,
y debeis ser el primero,
de derecho os corresponde.
Que el primero en el Estado,
en la lid lo debe ser.

ENRIQ. Hasta vos yo descender!
Habeisme en ello ultrajado.
Hasta un vasallo un Monarca!
Moderad vuestro lenguaje.

FERN. Yo no os debo vasallaje.

ENRIQ. Mi poder todo lo abarca.

FERN. Menos el mio: en la guerra
contra el moro lidiador
conquisté con mi valor
el dominio de mi tierra.
De siete castillos dueño,
libre mis feudos disfruto,
y á nadie rindo tributo,
y hay Rey para mi pequeño.
Tengo vasallos tambien,
que son mis hijos queridos,
por mi poder defendidos
cuando vejados se ven.
Y lo son con saña cruda
desde el tiempo que reinais;
si en ellos de mí os vengais,

no es digna hazaña sin duda.
Vengaos en mí, que propicia
se os presenta la ocasion:
no amengüe vuestra opinion
la lengua de la malicia,
diciendo que con pecheros
sois vengativo, y valiente
con mujeres solamente,
no en la lid con caballeros!

ENRIQ. Callad ya: que de escucharos
tuve paciencia sobrada.

FERN. Y no me respondeis nada?
Don Enrique! hablemos claros.
Se encuentra en vuestro poder
esa robada doncella,
y yo no parto sin ella;
así ved que vais á hacer.

ENRIQ. Temed que estalle en mi pecho
la ira que estais provocando.

FERN. Nunca temí, y menos cuando
ahora defiendo el derecho.
Entregádmedla, ó si no
publicaré tanta mengua.

ENRIQ. Y haré arrancaros la lengua
que á ofenderme se atrevió.
Ya vereis, señor feudal,
de siete castillos dueño,
si hay Rey para vos pequeño,
y si á mí sois vos igual.

FERN. En probarlo no me afano;
porque es cosa bien notoria
que no ha de decir la historia
que yo dí muerte á mi hermano.
Y no dirá...

ENRIQ. Caballero! (*Con furor.*)

FERN. Que para una accion tan ruin
auxilio me dió un Claquin,
un mercenario estranjero!

ENRIQ. Vive Dios! (*Id.*)

FERN. Por ser rivales
uno de otro en ambicion,
no en valor! teneis razon:

los dos no somos iguales!

ENRIQ. Pero la historia dirá
que tan loco atrevimiento
tuvo terrible escarmiento!

ESCENA X.

D. FERNANDO,

De mí vengarse querrá!
Cómo me ha de sorprender
de quien á su fé faltando...
y Enrico me está aguardando..
Yo cumplí con mi deber.

ESCENA XI.

D. FERNANDO, ENRICO.

FERN. Enrico! *(Llamando.)*

ENRICO. Oir vuestra voz
con impaciencia bastante
anhelaba: qué sucede?
inquieto el corazon late
hasta saber donde se halla.

FERN. Lo ignoro aun: los infames
que la han robado lo niegan,
y aunque leí en su semblante
retratada su traicion,
y que mintieron cobardes
nos faltan pruebas.

ENRICO. Y... cielos!
No creeis qué medios se hallen
para encontrarla? Pudiera
ser inútil nuestro viaje!
Antes que volver sin ella
á la casa de mi padre,
cien veces morir prefiero;
ah! pero no sin vengarme!

FERN. Insensato! Morir cuando
ahora para el mundo naces,
y se presenta á tus ojos
vasto horizonte radiante
de mágicas esperanzas,
que á tu edad luz viva esparcen!
En buen hora muera el seco
tronco á quien los vendavales
arrebataron sus hojas;
mas no el árbol que arrogante
estiende sus frescas ramas
á los rayos matinales,
altivo desafiando
las violentas tempestades.
Tú eres el árbol, yo el tronco
que secaron los pesares.

ENRICO. Ah! que tambien aunque jóven
aprendí á sufrir! los males
propios y agenos me hieren,
y mi corazon abaten.
No soy el árbol robusto
que no teme los embates
de la tempestad violenta,
sino caña miserable
á quien tronchan fácilmente
los terribles huracanes.

FERN. La pérdida de una hermana,
que en recobrarla no tardes
quizá, produjo ese estrago
en tu corazon? Que la ames
tanto admiro.

ENRICO. Ah! sí: la adoro!
de mi cabaña era el ángel,
y al pulsar mi tosca lira
inspiraba mis cantares.
El albergue que habitaba
en aquellas soledades,
era un paraíso encantado
viendo su divina imágen.
Salga pues del corazon,
porque oculto en él no cabe
secreto que en vuestro pecho

bien puedo depositarle.
No es afecto fraternal
el que en pos de ella me trae,
que no es mi hermana, aunque juntas
corrieron nuestras edades,
sino pasion mas vehemente,
que por vez primera sale
de mis labios; y por ella
hervia á veces mi sangre,
y humillado me juzgaba
en mi estado miserable,
soñando mi fantasía
quimeras, y altivos planes
en alas de la ambicion,
que es ambicioso el amante
para rendir á sus plantas
los mas altos homenages.

FERN. Nobles son tus pensamientos,
y eres digno de que alcances
tan lisonjera esperanza,
y no poder ayudarte
mas que nunca ahora sintiera;
poderosos me combaten...

ENRICO. Y temeis que de vos piensen
por medio vil libertarse?

FERN. Sí; lo espero.

ENRICO. En ese caso
ya no tendré quien me ampare.
Estrella! Pero qué digo!
Y me olvidé en este instante
de mi protector! Ah! no!
Al seguiros, asociarme
juré á la fortuna vuestra,
si es contraria, de que os falte
un vengador no dudeis:
yo sabré vengaros.

FERN. Dame
esa mano: tu promesa...

ENRICO. Es sagrada: y aunque se halle
muy alto vuestro enemigo,
mi venganza ha de alcanzarle!

ESCENA XII.

DICHOS, UN OFICIAL *y guardias.*

OFICIAL. Preso estais.
FERN. Yo!
OFICIAL. Vos.
ENRICO. (Dios mio!
Oh! bien lo temia. Infames!)
FERN. Lo ha ordenado el Rey sin duda?
OFICIAL. Quién otro que él pudo darme
esa órden?
FERN. (La reconozco.
Es digna de él. No juraste... (*A Enrico bajo.*)
ENRICO. Y sabré cumplirlo. (*Idem.*)
FERN. A Dios!

ESCENA XIII.

ENRICO.

He de morir ó salvarle!
Pero cómo, y de qué medio
valerme? solo aquí... nadie
me ayudará: á quién acudo
para que pueda informarme
de la prision que le encierra?
Mas los seguiré. Mi padre!
(*Al salir encuentra á Tello.*)

ESCENA XIV.

ENRICO, TELLO.

ENRICO. Cielos! en la corte vos!
TELLO. Apenas tú me dejaste,
tan triste me parecia

la cabaña que al instante
decidiera abandonarla
para correr los azares
de tu suerte, y sospechando
de que habia de encontrarte
en palacio...

ENRICO. Habeis llegado
en ocasion harto grave.

TELLO. Pues qué has sabido de Estrella?

ENRICO. Ah! nada!

TELLO. Fueron en balde
las pesquisas de ese noble
caballero?...

ENRICO. Ah! qué ignorante
estais aun de lo que pasa.
De poderosos magnates
la persecucion sufriendo
le han preso.

TELLO. Qué escucho! Y sabes
donde...

ENRICO. Cuando habeis llegado
iba á seguirle: distantes
estarán: y cómo puedo
averiguarlo? Y vengarle
he jurado.

TELLO. Hijo! qué intentas?

ENRICO. Que intento? Morir! Pero antes
defenderle como cumple
á mi honor. El arrogante,
la muerte vino á arrostrar
por nosotros: yo pagarle
debo de la misma suerte.
Y yá que puede importarme
la vida, si perdí á Estrella,
del alma la luz brillante
que me guiaba en el mundo.
Sin ella el mundo que vale!

TELLO. Ah! Comprendí demasiado
sin que me lo revelases
el amor que te inspiraba,
y fueron vanos mis planes
para apartarla de tí.

ENRICO. Qué, pensabais...!
TELLO. Yá no se hable
de eso. Ingrato! No te queda
nada en el mundo? Tu padre
no es para tí...
ENRICO. Padre mio!
Razon teneis de acusarme.
O mas bien compadecedme;
pero en la empresa ayudadme
de salvar al Conde; vos
conoceis estos lugares,
porque un tiempo habeis venido
á la corte, y bien: guiadme
hasta saber...
TELLO. Sí, hijo mio;
vamos pues á libertarle.

ESCENA XV.

DOÑA LEONOR, ESTRELLA, ENRICO, TELLO.

ENRICO. Me engañan mis ojos! Cielos,
Estrella!
TELLO. Mi hija! Gran Dios!
ESTREL. Mi padre! Enrico! los dos...
Cesaron yá mis desvelos.
Perdonad, señora; el alma
goza al verlos.
LEON. No lo estraño.
ENRICO. Parece que pasó un año
de ausencia.
ESTREL. Tu pena calma.
Ya no nos separaremos.
No es verdad, padre querido?
TELLO. Oh! no: bastante he sufrido.
Siempre juntos viviremos.
ENRICO. Si supieras cuanto ansiaba
mirar la luz de tus ojos!
Hasta el sol me causó enojos
porque á ti no me guiaba.

ESTREL. En esta noble señora
encontré una alma tan buena,
que se dolió de mi pena.
ENRICO. Oh! gracias os doy; y ahora
mandadme: soy vuestro esclavo:
De Estrella compadecida,
podeis hasta de mi vida
disponer: vuestra es al cabo,
si la encontramos por vos.
Qué era la vida sin ella?
LEON. Oh! mucho quereis á Estrella.
ENRICO. Criados juntos los dos,
como á una hermana la quiero.
LEON. No lo es vuestra ciertamente?
TELLO. Perdió en su infancia inocente
á su padre: un caballero!..
LEON. Segun eso es noble?
TELLO. Ah! Sí.
ESTREL. Y qué me importa si hallé
en vos padre tierno?
LEON. Y qué?
TELLO. Encomendómela á mí
cuando á la guerra partia.
LEON. Y murió en ella?
TELLO. A traicion.
ESTREL. A traicion! Ah!
TELLO. Cosas son
que aun la infeliz no sabia.
ENRICO. (Y yo tambien lo ignoraba:
ella noble, y yo pechero,
ahora la razon infiero
por que apartarnos pensaba.)
ESTREL. Qué tienes?
(*A Enrico bajo y aparte, viéndole pensativo.*)
LEON. Y ha conocido
(*A Tello con interés y separada de Estrella y Enrrico mientras estos hablan aparte unos y otros.*)
á su madre?
TELLO. Ella tampoco.
LEON. Y vos?
TELLO. La conocí un poco.
LEON. Y murió?

TELLO. No lo he sabido.
ESTREL. Te agitas, Enrico, en vano, (*Idem.*)
porque nací en noble cuna.
Yo huérfana, y sin fortuna,
tú siempre serás mi hermano.
ENRICO. (Su hermano!) (*Con tristeza.*)
LEON. Ignorais si vive?
No lo puedo comprender. (*Idem.*)
Pues que acaso esa mujer
nuevas de vos no recibe?
TELLO. Ignoro su paradero. (*Idem.*)
La última vez que la ví
fué en Carmona.
LEON. Oh! Dios! que oí!
Y vos érais escudero
de su padre?
TELLO. Sí pardiez.
Cómo sabeis?..
LEON. Os llamais... (*Idem.*)
TELLO. Tello.
LEON. Cielos! Recordais
haberme visto otra vez?
(*Tello mirando fijamente á doña Leonor.*)
TELLO. Ese rostro... Es ilusion! (*Idem.*)
Ah! vos sois...
LEON. Callad! Mi esposo!

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, HUGO.

TELLO. El! (*Asombrado al verle.*)
HUGO. Qué miro!
ESTREL. (Dios piadoso!)
HUGO. (Su padre y su hermano son.)
En palacio habeis entrado!
Con qué licencia!
ENRICO. A buscar
á mi hermana.
HUGO. Vil juglar!

Aun engañarme has pensado!

TELLO. Señor...

ENRICO. Insultarme así!

ESTREL. Oh!

HUGO. Sois estraños para ella;
los padres de esta doncella;
la han encomendado á mí.

TELLO. A vos!

HUGO. Salid al momento
antes que la ira me obligue
á que severo castigue
tan villano atrevimiento.

ENRICO. Dejarla! Jamás!

ESTREL. Ah! no!

HUGO. Pues juro...
(*Se dirige al fondo á llamar guardias.*)

LEON. No le irriteis,
partid: mas no os alejeis (*Bajo á Tello.*)
mucho de palacio; yo
os enviaré un escudero.

TELLO. Quien mejor la ha de guardar
que su...

LEON. Silencio. (*Idem.*)

(*Al ver que vuelve Hugo: aparecen guardias en el fondo.*)

HUGO. Encerrar
en una torre á ambos quiero.

ESTREL. Ah!

LEON. Perdonadlos!

HUGO. Y bien?

LEON. De partir han empeñado
su palabra.

ENRICO. (Oh! qué he escuchado!)

ESTREL. (Nos abandona tambien!)

ENRICO. (*Despues de un momento de incertidumbre con decision.*)
(El Caballero feudal
reclama mi juramento.)
Vamos, padre! Ah!

ESCENA XVII.

ESTRELLA, DOÑA LEONOR, HUGO.

ESTREL. Que tormento
puede haber al mio igual!
Pero los voy á seguir.
HUGO. Deteneos!
UGIER. (*Anunciando.*) El Rey!
(*D. Enrique atraviesa por el fondo, seguido de los guardias.*)
ESTREL. Oh!
Gracias, le pediré yo
justicia: el Rey me ha de oir.
Quién es?
HUGO. Aquel.
ESTREL. Cielo santo!
(*Va á salir, y al reconocerle retrocede aterrada.*)
Es el otro!.. Estoy perdida!
HUGO. Pronto será su partida;
os la recomiendo en tanto.
(*Bajo á Doña Leonor.*)
LEON. Descuidad: la guardaré (*Idem.*)
cual si fuera mi hija.
(*Hugo sale para unirse al Rey.*)

ESCENA ULTIMA.

DOÑA LEONOR, ESTRELLA.

ESTREL. Oh Dios!
El Rey uno de los dos...
Ahora á quién acudiré!
Sola aquí, desamparada!
LEON. Oh! No lo estás todavía.
(*Despues de mirar que nadie los observa.*)
Aun tienes madre! Hija mia!
ESTREL. Qué oigo! Vos... (*Dudando.*)
LEON. Sí.
ESTREL. Madre amada!
(*Arrojándose en sus brazos. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cámara de palacio.—A la izquierda una puerta secreta: un balcon, puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR, ESTRELLA.

ESTREL. Madre mia! Qué emocion
ese nombre pronunciando
agita mi corazon!
Sois mi madre? Es ilusion!
Estoy despierta, ó soñando!
LEON. No, mi vida! Es realidad:
soy tu madre que te adora,
y te perdió en tierna edad.
ESTREL. Ah! Cómo no muero ahora
de tanta felicidad!
Y yo que tambien juzgaba
muerta á mi madre querida,
oh! cuántas veces soñaba
en su seno estar dormida,
y al despertarme lloraba!
Ah! bendigo á mi fortuna
que á la corte me ha traido

sin esperanza ninguna:
cómo ha de serme importuna
si en ella os he conocido!

LEON. Y hasta que te alejes de ella
tranquila no puedo estar.

ESTREL. Nos vamos á separar!

LEON. Sí; separarnos, Estrella,
y te acabo de encontrar!

ESTREL. Mas vendreis conmigo vos.

LEON. No puede ser, hija mia!

ESTREL. Pues quien á ello se opondria?
Decidlo al Conde.

LEON. Gran Dios!
Entonces nos mataria!

ESTREL. Cielos! Vuestro esposo ignora
que sois viuda de mi padre?

LEON. (Su inocencia me enamora.)
Oh! sí; y á ninguno ahora
reveles que soy tu madre.

ESTREL. Tampoco á Enrico? Al hermano
de mi infancia?

LEON. Ni aun á él.
Este misterioso arcano
encierra en tu pecho fiel.

ESTREL. Lo juro. (Dios soberano!)
Tanto os importa ocultar
que soy hija vuestra?

LEON. Ah! sí.

ESTREL. Con mala estrella nací,
porque no puedo llamar
madre á quien el ser debí.
Y yo pensaba un instante
por mi fortuna engreida,
decir con delirio amante
aun del mismo Rey delante,
esta es mi madre querida!
Desvanecióse al momento
tan lisonjera ilusion
que forjó mi pensamiento,
dejando en el corazon
la huella de hondo tormento.

LEON. Ay! escuchando tus quejas

acrece la pena mia,
que al ver que de mí te alejas
por quererlo suerte impía,
sin alma á tu madre dejas.
Pero aunque de tí apartada,
mis suspiros volarán
adonde esté tu morada.

ESTREL. Y las brisas os traerán
los mios, madre adorada!
Mas, que no dure el desvelo
de triste separacion
con fervor rogaré al cielo.

LEON. Tanto como tú lo anhelo,
hija de mi corazon!
Ah! me priva tu beldad,
de tenerte al lado mio,
que anhela en su desvarío
el Rey, á su voluntad
esclavizar tu albedrio.
Todo lo debo temer
de su carácter resuelto,
y como débil mujer
me puedo á un Rey oponer
en sus pasiones tan suelto!
Oh! primero moriria
que ver manchado tu honor,
porque la honra es, hija mia,
una delicada flor
que se marchita en un dia.

ESTREL. No temais que mi decoro
mancille porque en su sien
ostente diadema de oro;
yo sabré guardar tambien
del alma el rico tesoro.

LEON. Contra su orgullo luchar
fuera vana resistencia,
que le pudiera irritar;
por eso quiero evitar
ese riesgo con tu ausencia.
Ya tarda mucho en venir,
y esta es la hora convenida.

ESTREL. Para qué?

LEON. Para partir.
ESTREL. Tan pronto, madre querida!
LEON. Pasos me parece oir.

ESCENA II.

LAS MISMAS, LOPE, *despues* TELLO.

LEON. Le has encontrado?
LOPE. Aquí está.
(*Señalando á Tello.*)
LEON. Le han visto?
LOPE. Nadie, señora.
LEON. Pues sé centinela ahora;
que no nos sorprendan. (*Vase Lope.*)
ESTREL. Ah!
Padre mio!
TELLO. No me dés
ese nombre lisonjero.
Ya sabes...
ESTREL. Yo siempre os quiero
cual si lo fuerais.
LEON. Ya vés
quien te debe conducir
á una morada segura.
ESTREL. Aunque es para mi ventura
con mi buen Tello partir,
el separarme de vos
es cruel en demasía.
LEON. Por tu bien hago, hija mia,
sacrificio igual.
ESTREL. Gran Dios!
LEON. Oh! No hay tiempo que perder.
La llave os entregó?
TELLO. Sí,
pero yo á Enrico la dí:
si su auxilio es menester...
ella al jardin le dá entrada,
y en él nos aguardará.
ESTREL. (A Enrico veré al fin. Ah!) (*Con alegria.*

LEON. Esta puerta reservada (*La abre.*)
guía al jardin: cuando esteis
en él seguros os creo,
y colmado mi deseo,
sin demora partireis.
Todo se halla prevenido,
la litera para tí;
yo observaré desde aquí.
(*Señalando al balcon.*)
Mas con el pecho oprimido,
hasta ver una señal
que calme mi inquieto anhelo.
ESTREL. Yo agitaré mi pañuelo.
LEON. Oh! será el blanco cendal
iris de la dicha mia.
Adios, hija mia, adios! (*La abraza.*)
ESTREL. El alma queda con vos!
LEON. Contigo vá mi alegría!
(*Estrella se desprende con profundo dolor de los brazos de su madre, y sale con Tello por la puerta secreta.*)

ESCENA III.

DOÑA LEONOR.

Ah! Pobre hija mia! Lleva
el corazon oprimido:
de ella apartarme he podido...
terrible ha sido la prueba!
Y qué medio de librarla
de la pasion que inspiró
al Rey? Muy bien hago yo
de la corte en alejarla.
Porque se respira en ella
una atmósfera fatal,
que hasta el candor virginal
empañara de mi Estrella.
Así, aunque en ausencia lloro,
está mi pecho tranquilo,
porque en su ignorado asilo

ese riesgo no deploro.
Ademas, cuánto sufriera
sin poderla hija llamar,
teniéndolo que ocultar!
Y si el rostro me vendiera!
Oh! su partida al saber
el Rey, y tambien mi esposo...
de su carácter furioso
todo lo debo temer.
Ese temor no me aflija,
aunque su ira he provocado;
pero tambien he salvado
así la honra de mi hija.
Entonces qué me acobarda,
si ya está libre mi Estrella!
Sabré con gusto por ella
sufrir; pero cuanto tarda!
(*Mirando desde el balcon.*)
Aun no la he visto salir:
cielos! Si la detendrán!
Acrece mi inquieto afan;
la incertidumbre es morir.
Nada!... ni señal alguna.
Oh! mi desventura es cierta;
pero ahora abren una puerta:
que puede ser? Oh! fortuna!
Es Enrico! La vió al fin,
y cansado de aguardar...
(*Hugo aparece en el fondo armado para el palenque.*)
me la deben ocultar
los árboles del jardin.
Salvóse! (*Con alegría.*)
(*Al volverse se encuentra frente á frente con su esposo.*)

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR, HUGO.

HUGO. Estais engañada.
Vuestra empresa se fustró.
LEON. Qué decís!

HUGO. Quien intentó
burlarme, fué la burlada.
LEON. Acabad.
HUGO. No lo acertais?
Es fácil de comprender:
que se encuentra en mi poder
la que vos libre juzgais.
LEON. Santo Dios! Estrella...
HUGO. Sí.
Despues de tantos afanes,
vuestros insidiosos planes
se han destruido por mí.
LEON. Oh!
HUGO. Os sentís humillada
porque no me habeis vencido?
De seguro hubiera sido
escelente la jugada.
Fiar en vuestra promesa
el Rey, y yo, mientras vos
engañabais á los dos:
no he vuelto aun de mi sorpresa.
Cómo no me ha de asombrar
veros de interés movida
por jóven desconocida
hasta ese estremo! Arrostrar
del Rey el enojo!
LEON. Y bien!
No me importa su furor;
si salvo su limpio honor;
vos me ayudureis tambien.
HUGO. Delirais? Quién á él atenta?
A un convento va á partir.
LEON. Conmigo quereis fingir?
Mas no tolero su afrenta.
Me interesa ciertamente
esa jóven desgraciada;
verla sola, abandonada,
tan bella y tan inocente!
Confieso que me inspiró
afecto desque la ví:
si solo confia en mí,
no he de defenderla yo!

Y vos tambien? No es verdad?
Dónde está? La quiero ver.
Me la vais á devolver?
No es cierto, Conde?

HUGO. Callad,
porque habeis perdido el juicio.
Qué yo al monarca ofendiera
por una loca quimera!

LEON. Os pido este sacrificio.
Exigid de mí despues
lo que querais; pero ahora
devolvédmela!

HUGO. Señora,
ya me ofende ese interés.
Y ved que os cansais en vano.

LEON. No atendeis mi ruego?

HUGO. No.

LEON. Pues la reclamaré yo
ante el mismo soberano!

HUGO. Con qué derecho?

LEON. Temblad
de que mi labio os lo diga.

HUGO. Decidlo.

LEON. El que mas obliga.

HUGO. Pero cuál es ese? Hablad.

LEON. Oidle aunque mal os cuadre.
El que impone el tierno amor
de velar por el honor
de una hija!

HUGO. Y vos!...

LEON. Soy su madre!

HUGO. Su madre! Ah! no: me engañais.

LEON. Os lo juro.

HUGO. Ah! Miserable!

LEON. Vengaos en la culpable;
no en mi hija!

HUGO. Imaginais
que hasta ella mi ira no alcanza
por vuestra infamia!

LEON. Gran Dios!

HUGO. Pues ha de herir á las dos
el rayo de mi venganza!

LEON. Piedad, para ella, piedad!
No la pido para mí,
que tambien víctima fuí
de un engaño en tierna edad.
Bien sabeis que no queria
ser vuestra esposa, señor;
que á mancillar vuestro honor
mi conciencia se oponia.
Cedí de un padre al empeño,
por el monarca obligado,
que siendo vos su privado
de mi mano os hizo dueño.
Mas no de mi voluntad,
que solo os debió desdenes,
pues anhelabais mis bienes,
y no mi felicidad.
Sufrí con resignacion
mi destino miserable,
porque era de la culpable
la terrible expiacion.
Siempre callando y sufriendo!
Y hoy que encontré sorprendida
la hija que lloré perdida...
ah! perdonad si os ofendo.
Como de un capricho ciego
juguete verla pudiera,
para que me devolviera
esa flor marchita luego!
Oh! todo el régio poder
no basta para obligar
á una madre á deshonrar
á la hija que ha dado el ser.
Si por salvar su inocencia
con disculpas no os obligo,
guardad para mí el castigo,
y para ella la clemencia!

HUGO. En vano implorais ahora,
que mas mi enojo encendeis:
me he de vengar, lo entendeis?
en ella y en vos, señora.
No, no espereis compasion;
mi venganza es lo primero!

Así lavar mi honra quiero.

LEON. Perdon, por piedad, perdon!

HUGO. Para vos el claustro, y ella
del Rey en los tiernos brazos.

LEON. Primero me harán pedazos!

HUGO. Ya lo vereis.

LEON. Ah! Mi Estrella!

HUGO. Mis órdenes aguardad
(*Suena un clarin á lo lejos.*)
en vuestra cámara; yo
parto al combate: sonó
el clarin.

LEON. Dios de bondad!

ESCENA V.

D. ENRIQUE, HUGO.

HUGO. (El Rey!) No vais á venir?
Los jueces del campo esperan.

ENRIQ. Pues aguarden cuanto quieran,
que D. Fernando no ha de ir.
Vos, Conde, vuestro deber
cumplís partiendo al combate;
de lo demas no se trate:
yo sé lo que debo hacer.
Y cuando suene el clarin
por tres veces sin llegar
Dōn Fernando de Aguilar,
se retirarán al fin.
Aquí os aguardo. Y Estrella?

HUGO. De su fuga prevenido,
en palacio he detenido
al que iba á partir con ella.
Si no avisa un escudero
su objeto hubiera logrado.

ENRIQ. Pero al fin no se ha escapado?

HUGO. Por fortuna.

ENRIQ. Verla quiero.
Hacedla venir.

HUGO. Señor,
al momento.

ESCENA VI.

D. Enrique.

Qué dirá?
Si acaso se mostrará
indiferente á mi amor?
Oh! no será de diamante
su corazon imagino,
cuando sepa su destino,
viendo que un Rey es su amante.

ESCENA VII.

D. Enrique, Estrella.

Enrio. (Es ella!) Ven aquí; no temas nada;
mas debo yo temer al acercarte
el rayo abrasador de tu mirada,
y anhelo sobre todo contemplarte,
aunque á cenizas quede reducido
el corazon que esclavo te he rendido.
Depon tu airado ceño,
que no merece quien así te adora
que ostentes el desden con tanto empeño:
porque brilla mas límpida la aurora
despues que desparece parda nube
que vela su fulgor, y la alegria
en los campos derrama;
así te quiero ver, Estrella mia!
Estrel. Vuestra, jamás! Mi corazon no os ama.
Sincero el labio mio, el fingimiento
nunca supo emplear, y os lo aseguro;
vano ha de ser el criminal intento
que os proponeis audaz al separarme
de aquellos, cuyo amor vehemente y puro
necesito no mas: su tierno halago
gozaba el alma de temor agena,
viendo cruzar las deliciosas horas

de mi vida serana
en el plácido albergue; en mi cabaña
do vivia dichosa contemplando
la sombra que le daba la montaña,
sus purísimas auras respirando.
Nada anelaba allí; mas llegó un dia,
dije mal, que alumbrar no corresponde
la infamia al sol, que fué noche sombría;
siempre en las sombras la traicion se esconde!
Nos pidieron asilo hospitalario
dos caballeros que en su porte airoso
mostraban que eran ambos bien nacidos,
y á robarnos vinieron el reposo
áspides entre flores escondidos.
Vos fuiste uno de ellos; y aun osado
me hablais de amor!

ENRIQ. Oh! sí: y amor profundo
cual te juro que nunca me ha inspirado
mas grande otra mujer en este mundo.
En tu misma altivez mas atractivo
encuentra el corazon: es tan hermoso
el enojo en tu rostro que respira
inocencia y candor! No vés cautivo
de tus gracias monarca poderoso,
que solo á merecer tu amor aspira?
Y qué no hiciera yo por conquistarle!
Qué quieres, qué ambicionas? poderío,
fortuna, grandeza y oro?
Cuanto poder abarca el cetro mio,
cuanto encierra en sus arcas mi tesoro,
rendiré á tu beldad: débil tributo
ante las aras de mi amor inmenso!
Si tienes ambicion, si mas anhelas
por conquistar tambien otras regiones,
los mares hendirán mis caravelas,
en tierra y mar triunfantes mis pendones,
para que sirvan trás victorias tantas
de humilde alfonbra á tus altivas plantas.
Habla, y de mi palacio soberana
será tu voluntad obedecida.

ESTREL. Pues bien; partir en este instante quiero.
Esta es mi voluntad.

ENRIQ. Qué, decidida
á rechazar estás mi amor sincero?
ESTREL. Ya lo he dicho, señor; de esos honores,
de ese fausto y grandeza no deslumbra
mi altivo corazon el falso brillo;
porque en su pompa espléndida vislumbra
el deshonor: el ánimo sencillo
de su ambicion limita el horizonte;
solo anhelo la rústica morada
do guareció mi cuna el pardo monte,
mi infancia por sus brisas arrullada.
Allí la reina soy: mi poderío
se estiende por el valle silencioso,
y por el bosque umbrío,
y me rinden tributo respetuoso
las aves en los árboles cantando,
y las ramas levísimas meciendo,
arroyos entre flores murmurando,
y en sus hojas los céfiros gimiendo.
Aquí con ese fausto y opulencia,
del deshonor la mancha no se lava,
y marchita la flor de mi inocencia,
en vez de soberana fuera esclava.
ENRIQ. Ya que no cedes á mi amante ruego,
cederás al poder. Y quién se opone
á que apague en tus brazos este fuego
que abraza el corazon! El que dispone
de estados y vasallos, y en sus sienes
ostenta una diadema, cederia
de una mujer á los desdenes?
Mi voluntad es ley y has de ser mia.
ESTREL. Apartad!
ENRIQ. Tus esfuerzos serán vanos.
(*Quiere asirla.*)
ESTREL. Huid lejos de mí, porque me espanta
ver en sangre teñidas vuestras manos.
ENRIQ. En sangre! (*Retrocediendo.*)
ESTREL. Sí: que airada se levanta
de su tumba una sombra: la estoy viendo
cruzarse entre los dos; de su ancha herida
noble sangre brotar!
ENRIQ. Qué estás diciendo?

ESTREL. Oid su voz que os grita, «fratricida!»
ENRIQ. Oh! maldicion! Tampoco ella lo ignora:
quién te pudo contar!... pero no creas
que vas á conseguir lo que deseas
apelando á ese medio; porque ahora
serás mia!
ESTREL. Jamás! Morir prefiero!
Si dais un paso mas, desde la altura
de este balcon me arrojo!
(*Dirigiéndose al balcon: Enrico entra por la puerta secreta, y al ver la accion del Rey saca su dága.*)

ESCENA VIII.

D. ENRIQUE, ESTRELLA, ENRICO.

ENRICO. Ah! no: primero
castigaré al raptor.
ESTREL. Gran Dios! Detente!
Es el Rey!
ENRICO. Don Enrique! (*Se le cae la daga.*)
ESTREL. (Oh! qué locura!)
Yo merezco vuestra ira solamente!
(*A D. Enrique.*)
ENRIQ. Quién entró hasta aquí atrevido
con una daga en la mano!
Pero qué miro! Su hermano!
ENRICO. El mismo soy.
ESTREL. (Se ha perdido!)
ENRIQ. Tu intento criminal, dí;
era á mi vida atentar,
y contra tu Rey brillar
la daga en tu mano vil!
Pero de ella ya adivino
que se cayó de temor.
ENRICO. Ah! no me faltó valor;
pero no soy asesino.
ESTREL. Ah! Señor! El no sabia
que el Rey aquí se encontraba,
y contra vos no atentaba,
pues con otro os confundia.

ENRICO. Yo vine hasta este aposento
para salvarla.
ENRIQ. Villano!
Contra el mismo soberano
tan traidor atrevimiento!
Mas no debe sorprenderme,
que se mostró tu altivez
cuando por primera vez
me hablaste sin conocerme,
y mereciste reproche.
ESTREL. (*Bajo á Enrico.*) Que vás á decir repara.
ENRICO. No creí me recordara
el Rey una fatal noche.
ENRIQ. Por qué razon?
ENRICO. Porque en ella
si hubo alguno que faltó,
y reproche mereció,
no fué el hermano de Estrella.
ENRIQ. Pues quién?
ENRICO. Me lo preguntais,
y yo debo responderos;
no es mi culpa el ofenderos
si en ello ofensa encontrais.
No, porque al Rey me dirija,
sino al que entró disfrazado
en casa de un hombre honrado
para arrebatarle á su hija.
Y entonces tened por cierto
que si hubiera yo acudido,
el raptor desconocido
quedara á mis plantas muerto.
ENRIQ. Infame!
ESTREL. Calla por Dios! (*Bajo á Enrico.*)
ENRICO. Indiferente mirara
que á mi hermana me robara?
Hermana no teneis vos!
Por salvar su honra, mi vida,
y mil vidas que tuviera
en lance igual espusiera
cien veces.
ENRIQ. Pues bien; descuida,
que otra vez no la espondrás.

ESTREL. Ah! Perdonadle, señor!
Solo el fraternal amor
pudo obligarle...
ENRIQ. Jamás!
Para quien falta á su Rey,
y á su vida atenta aleve,
no hay perdon, que sufrir debe
todo el rigor de la ley!
ENRICO. Si la ley es lo primero,
por qué alguno ha de violarla?
No debemos respetarla
lo mismo el Rey que el pechero?
Caiga sobre mí su fallo,
porque soy débil no mas,
si fuera justa, quizás
hiriera á otro, y no al vasallo.
ENRIQ. Oh! Pagará tu cabeza
tu audacia.
(*Llamando á los guardias se dirige al fondo.*)
ESTREL. Sed generoso! (*Al Rey.*)
ENRICO. No ruegues al poderoso, (*A Estrella.*)
que el humillarse es bajeza.
Y yo con serena frente
sabré la muerte arrostrar,
sin que me la haga inclinar
mas que el Dios omnipotente!
ENRIQ. Llevadle, y en torre oscura
(*A los guardias, que se apoderan de Enrico.*)
aguardará su sentencia.
ESTREL. Enrico!
ENRICO. Estrella!
ESTREL. Clemencia!
ENRIQ. Vos, por aquí!
(*A Estrella señalándola la puerta de la derecha. Por la izquierda llevan á Enrico: por el fondo salen los jueces del campo, etc.*)
ESTREL. Oh! Desventura!

ESCENA IX.

D. Enrique, Jueces *del campo*.

Enriq. Quién...
Juez. Gran señor, permitid
nos presentemos á vos
los jueces del campo.
Enriq. (Oh! Dios!)
Juez. Ya ha terminado la lid:
valor mostraron los dos.
Enriq. Qué decís?
Juez. Dió la señal
el clarin, y cada cual
su puesto ocupó al instante:
salió D. Hugo arrogante
con continente marcial.
Recorrió el circo poblado
de damas y caballeros,
con el rostro recatado,
y al verle fué saludado
con vítores lisonjeros.
Dos veces sonó el clarin,
y el de Aguilar no asomaba;
la gente se impacientaba:
sonó la última...
Enriq. Y en fin...
Juez. Llegó.
Enriq. (Y preso se hallaba!)
Juez. Muestra su veloz carrera
del brioso alazan la espuma,
y calada la visera
del ginete, en su cimera
ondeaba negra pluma.
Mas no por las galas brilla,
y como al bridon domine,
causa á todos maravilla,
cual le obliga á que se incline
ante el pendon de Castilla.
Y al son del ronco atambor,

y del bélico clarin,
se arremeten con furor
uno y otro paladín...

ENRIQ. Y quién salió vencedor? (*Con ansiedad.*)

JUEZ. Don Hugo el primero avanza
contra el Conde de Aguilar,
que en el estribo se afianza,
y del bote de su lanza
por tierra le hizo rodar.

ENRIQ. Qué oigo! D. Hugo cayó?

JUEZ. Fué terrible la embestida,
y es lo peor que honda herida
en el pecho recibió,
y está en peligro su vida.

ENRIQ. Cielo santo! Que al momento
le vayan á socorrer.

JUEZ. Dios os guarde.

(*Los jueces se retiran y aparece D. Fernando.*)

ESCENA X.

D. ENRIQUE *y* D. FERNANDO.

FERN. Mucho siento
perdais al que merecer
logró vuestro valimiento.

ENRIQ. Don Fernando! Aun atrevido
á mí os presentais!

FERN. Señor,
con mi deber he cumplido,
aunque á mi competidor
la fortuna adversa ha sido.

ENRIQ. Pero no mandé prenderos?

FERN. Pero yo logré escapar.

ENRIQ. Y así obran los caballeros!

FERN. Nada debí prometeros,
y á nada pude faltar.
Con mas justicia, señor,
de vos me toca quejarme,
que con sobrado rigor

habeis querido tratarme
como á un infame traidor.
Aunque os hubiere ofendido
en estremo audaz mi labio,
esperar habeis debido
del reto el plazo cumplido
para vengar vuestro agravio.
Que se pudo sospechar,
Dios me libre de empañar
de D. Hugo el limpio honor,
que lo hicisteis por temor...

ENRIQ. De que pudierais triunfar?

FERN. Vos lo habeis dicho: y como es
el vulgo tan malicioso!

ENRIQ. Para no hacerme á él odioso
os evadisteis? (*Con ironía.*)

FERN. Así es.

ENRIQ. Sois, Conde, muy generoso. (*Id.*)

FERN. No fué feliz la eleccion
de la torre que me dieron
de órden vuestra por prision;
de ella sin duda no vieron
que era fácil la evasion.
Que se podia escalar
una reja...

ENRIQ. Quién osado
esa escala os pudo dar,
que así mi enojo ha arrostrado?

FERN. (No sabrá que fué el juglar.)
Cese vuestro enojo fiero;
pues ya mi honra está salvada,
volver á mi prision quiero;
mas que devolvais espero
esa doncella robada.

ENRIQ. Aun á vuestro soberano
leyes imponer quereis!

FERN. Como noble castellano,
anhelo solo que obreis,
y no lo rogaré en vano.
Confio que su inocencia
encontrará protector
en vuestra misma conciencia;

su voz no ahogareis, señor.

ENRIQ. Fiais mucho en mi clemencia!

FERN. Fio mas en la justicia
de la causa que defiendo;
el triste cuadro estais viendo
que ofrece el reino; Galicia
el portugués invadiendo.
Y de Castilla en desdoro
nuestras fronteras talando
el aragonés y el moro!
Y vos en qué estais pensando?
Digno es de vuestro decoro!
Aquí teneis mi cabeza,
si os ofende mi lenguaje,
que el no hablaros con franqueza
la verdad, fuera bajeza
indigna de mi linaje;

ENRIQ. Agradeced, vive Dios!
por haber á Hugo vencido
que os perdone lo atrevido,
no digan que vengo en vos
al amigo que he perdido.
Retiraos.

FERN. Está bien.
Voy á obedeceros; pero
quedo en palacio tambien,
que con ella partir quiero,
ó que la muerte me dén.

ESCENA XI.

D. ENRIQUE.

D. Fernando de Aguilar
mi vigilancia burlando
contra D. Hugo lidiar
sin poderlo yo evitar,
y está D. Hugo espirando!
Yo tambien hace un momento
víctima pude haber sido
de un infame pensamiento,

á no habérsele caido
al suelo el vil instrumento.
Era una daga; aquí está.
Que pague con su cabeza
tan aleve intencion! Ah!
De oro bruñido es la pieza:
y esta cifra qué dirá?
Encima régia corona;
y en poder suyo... que arcano..,
las letras... Dios soberano!
Sí: la diadema la abona;
es la cifra de mi hermano!
Oh! qué recuerdo crue!
Con una daga le dí
violenta muerte en Montiel,
y há poco otra daga de él
me la pudo dar á mí!
En la mano de un juglar
alhaja de tal valor!
Quiso Dios su brazo armar,
y severo castigar
de su hermano al matador!
Era expiacion merecida
por tan horrible atentado!
El alma tengo oprimida!
Y esa jóven me ha llamado,
ella tambien «fratricida!»
Que se alzaba entre los dos
su sombra, dijo: gran Dios!
Me parece que la miro
ensangrentada! Deliro,
ó vá siempre de mí en pos!
Oh! me acosa sin cesar
con su iracundo semblante,
y sin poderla apartar!
O dame muerte al instante
ó déjame descansar!
Ay! del que altivo ambiciona
elevarse á régio asiento,
y crímenes eslabona!
Mucho pesa una corona!
Y aun mas un remordimiento!

ESCENA XII.

D. Enrique, Doña Leonor.

Enriq. Quién se acerca á mí atrevido
El asesino...
Leon. Señor,
una mujer desdichada.
Enriq. (La esposa del Conde! Oh Dios!)
Si de vuestra negra suerte
venis á quejaros, no
tengo la culpa, señora,
y la siento como vos;
aunque hice por evitarla
la Providencia ordenó
lo contrario, y á sus juicios
no hay mas que resignacion.
Vuestro esposo era mi amigo,
gozaba de mi favor,
y la mitad de mi reino
diera por salvarle yo;
mas la deuda que contraje
con mi privado, desde hoy
pagaré á su triste viuda,
contad con mi proteccion;
la gracia que me pídais
os otorgo.
Leon. Tanto honor
acepto reconocida;
la palabra que empeñó
el Rey que la cumpla espero.
Enriq. Os lo juro.
Leon. Aunque mi amor
merecer no supo el Conde
que con desden me trató,
y al darle mi mano un dia
violenté mi inclinacion;
porque en tan funesto enlace
mostrásteis empeño vos,
siendo causa de mis penas,

mis agravios olvido hoy
para sentir su infortunio:
el mio es grande, señor,
y no os ofenda el secreto
que guardé en mi corazon,
y que á negarle mi mano
á D. Hugo me obligó.
Entonces, ay! aun enciende
mis mejillas el rubor
al haceros de una falta
la terrible confesion.
Entonces....era yo madre!

ENRIQ. Vos!

LEON. De una hija.

ENRIQ. Y no casó
con vos su padre? A la vuestra
no era igual su condicion?

LEON. El era de ilustre cuna;
pero en la guerra murió;
su nombre ya no hace al caso.

ENRIQ. Y esa hija...

LEON. En el albor
de su vida á un escudero
su padre la encomendó;
el lugar de su retiro
ignorando el corazon,
ya la lloraba perdida,
mientras ella se crió
en solitaria cabaña
agena su alma al temor,
cuando un dia la robaron!...

ENRIQ. Cielos! Vuestra hija...

LEON. Perdon!
Es la misma que se encuentra
en vuestro palacio; yo
os ruego me devolvais
á la prenda de mi amor,
y la palabra de un Rey
sagrada debe ser.

ENRIQ. (Oh!
cuán contrarias sensaciones
en un dia!)

LEON. Madre soy;
y atender al ruego mio
será de vos digna accion.
ENRIQ. Debo cumplir mi promesa.
(*Abriendo la puerta por donde salió Estrella.*)

ESCENA XIII.

D. ENRIQUE, DOÑA LEONOR, ESTRELLA.

ENRIQ. Ved á vuestra hija!
ESTREL. Gran Dios!
Madre del alma! (*Abrazándose*).
LEON. Hija mia!
Tan dulce nombre te doy
como anhelabas, delante
del Rey.
ESTREL. Oh! gracias, señor!
Pero otra súplica debo
dirigiros: compasion
con el que quiso salvarme,
y en su juvenil ardor
en vuestro enojo ha incurrido;
y su padre tambien; oh!
el pobre anciano...
LEON. Atended
su ruego, porque el mejor
diamante de la corona
es la clemencia.
ENRIQ. (Pues hoy veré
si consigo al menos
de un remordimiento atróz
aliviar un poco el peso
que oprime mi corazon!)
Me mostraré generoso;
(*Se dirige al fondo, á un oficial.*)
mañana quizá el traidor
pagará con su cabeza
su atentado. Que los dos
queden libres.
ESTREL. Ah!

LEON. Cuán grande
ahora á mis ojos sois!
ENRIQ. Mas debeis aconsejarles
que partan sin dilacion;
porque si volviera á verlos
no contendré mi furor!

ESCENA XIV.

DOÑA LEONOR, ESTRELLA.

ESTREL. Con que al fin llamaros debo
con orgullo madre mia!
LEON. Cuánto anhelaba este dia!
ESTREL. Y á esperar aun mas me atrevo.
LEON. Que te negaré jamás?
Qué deseas?
ESTREL. No os asombre.
Deseo saber el nombre
de mi padre.
LEON. Oh! Lo sabrás.

ESCENA ULTIMA.

LEONOR, ESTRELLA, TELLO, ENRICO, *y despues* D. FERNANDO DE AGUILAR.

ENRICO. Ah! señora! Os soy deudor
de mi libertad, ó á Estrella?
LEON. Oh! se la debeis á ella!
ESTREL. Enrico! Padre!
TELLO. Ah!
FERN. El dolor
que por mi causa os aflija
deploro.
LEON. En la lid brioso
me privásteis de un esposo,
mas me devolveis una hija.
Y si vuestra accion merece
ódio, ó gratitud forzosa,